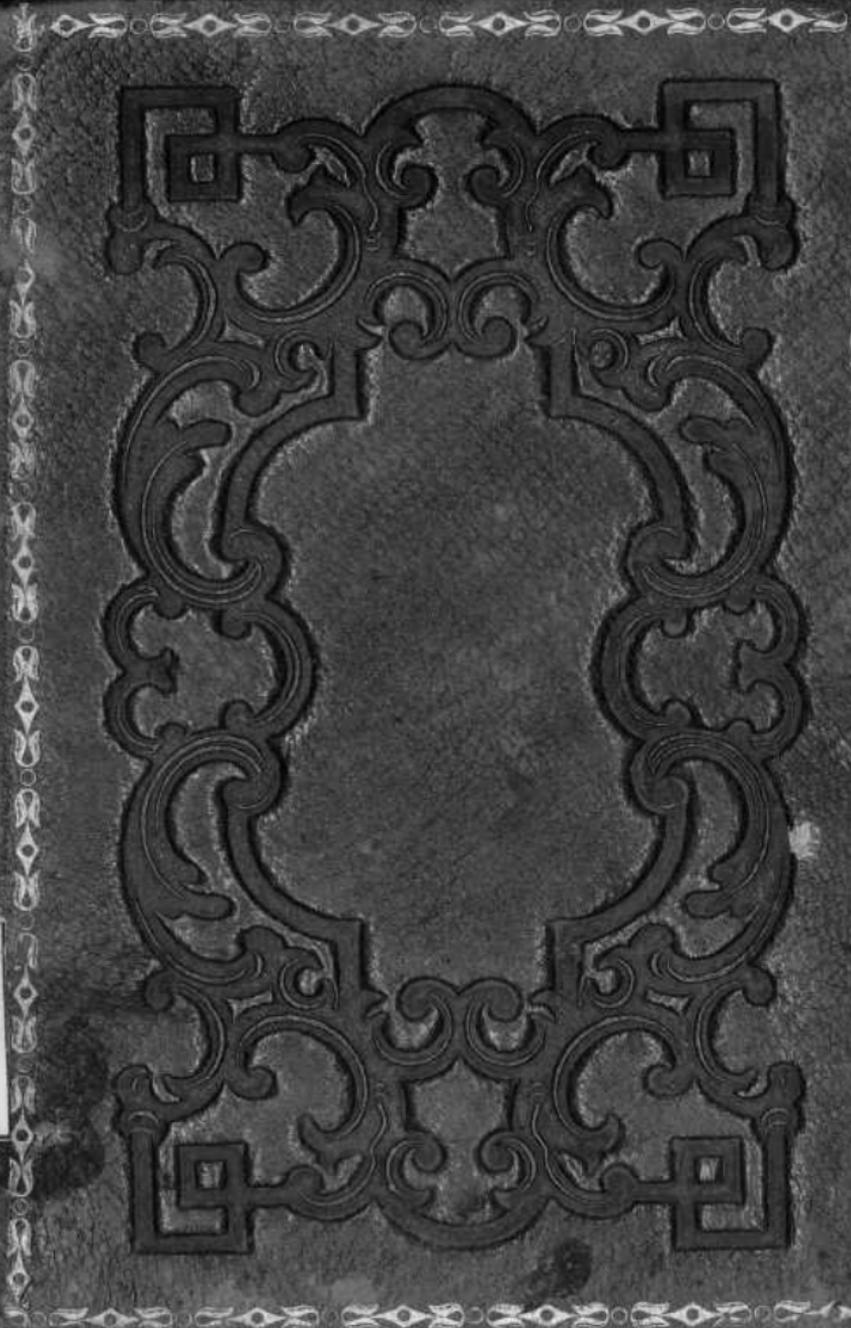
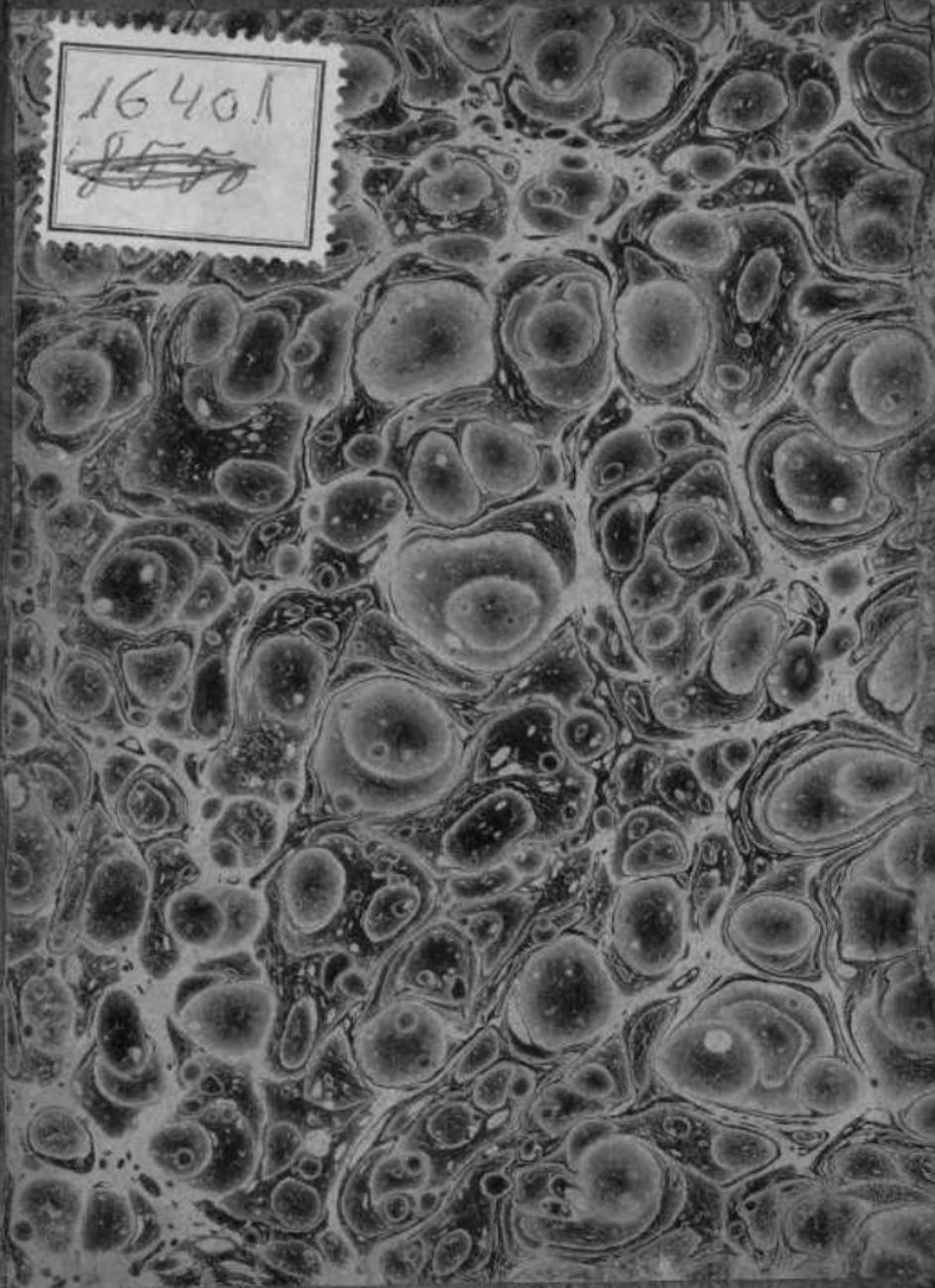


01



16401

~~8550~~





410

129

DEVEREUX.

DEVEREUX

DEVEREUX,

Novela escrita en inglés

POR M. EDUARDO LYTTON BULWER,

Y TRADUCIDA

Por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

TOMO IV.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE DON RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA, Editor.
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

Agosto, 1847.

REVUE

1867

PAR M. EDUARDO ATYAS

1867

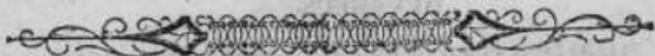
1867

1867

1867

1867

1867



DEVEREUX,

NOVELA ORIGINAL

DE M. EDUARDO LYTTON BULWER.

CAPITULO I.

Sucesos de una sola noche.—Los momentos forman los colores de que se revisten los años.

¡HOMBRES de los anteriores siglos! ¿Qué extraño que en el exceso de vuestra profunda fé y en las vagas conjeturas que for-

ma nuestra frágil razon sobre un oscuro é insondable abismo , qué extraño es que hayais consumido vuestras esperanzas y vuestra vida en esfuerzos para penetrar lo futuro ? ¿Qué extraño que hayais dado un lenguaje á las estrellas , y á la noche un misterioso encanto y deducido de la incomprendible tierra respuesta á los enigmas del destino ? Somos como los que duermen , que sometidos á la influencia de un sueño , caminan al borde del precipicio creyéndose en su imaginacion rodeados de rosales y acompañados de aquellos á quienes aman ; ó mas bien somos como el ciego que puede volver sin riesgo de engañarse por el camino que una vez ha andado , pero que no puede formarse la menor idea de aquel en que todavía no ha puesto la planta : nuestra razon nos guia segura y sabiamente por los caminos de la pasada experiencia,

pero retrocede confusa y desconcertada ante los oscuros límites del porvenir.

Los pocos amigos que habia convidado á mi boda se hallaban aun en mi compañía cuando un criado, no Desmarais, entró á avisarme que Mr. Oswald me esperaba. Inmediatamente salí á recibirle.

—*Parbleu!* dijo restregándose las manos, ya veo que hoy es un gran día para vos y no extraño que no me podais conceder sino pocos momentos.

No era cosa de arriesgar los estados de Devereux por una bagatela; pero debo confesar que Mr. María Oswald me pareció en extremo impertinente.—Caballero, dije con gravedad, sentaos y vamos al negocio. En primer lugar debo preguntaros quién os envió con aquella carta que me disteis en la quinta de Devereux, y en segundo lugar, qué es lo que decia, porque no la leí.

—La historia de esa carta, repondió Oswald, es completamente distinta de la del testamento; y para hablar primero de lo que menos importa, os la contaré brevemente. ¿Habeis oido hablar de las contiendas entre los jesuitas y los jansenistas?

—Si señor.

—Muy bien, pero en primer lugar os diré algo de mi propia persona. Nacieron en una misma aldea de Francia y casi al mismo tiempo tres muchachos hijos de humildes padres y que con la edad llegaron á adquirir iguales deseos de progresar en el mundo. Dos eran traviesos en alto grado: el tercero nada tenia de particular. El nombre de uno de ellos os le callaré por ahora; el tercero, el que nada tenia de particular (á lo menos en su opinion, aunque sus amigos piensan de diferente modo) soy yo. Pronto nos separamos.

Yo me dirigí á París , donde desempeñé diferentes empleos y por último llegué á ser secretario y (¿por qué he de negarlo?) criado de una señora de alta clase, furibunda jansenista y amiga de mezclarse en asuntos políticos, cuyas opiniones como dependiente suyo , acepté sin dificultad. Por aquel tiempo se hablaba mucho entre los jesuitas del eminente talento y profunda instruccion de un jóven individuo de la órden , llamado Julian Montreuil. Este, aunque no residia en Francia, habia hecho imprimir en París dos ó tres libros que produgeron gran sensacion. Ahora bien , mi ama era la mayor intrigante de su partido ; tenia grandes riquezas y pagaba generosamente los servicios ; y entre otros paquetes que fueron cuidadosa y suavemente robados entre Calais y Abbeville á un mensajero procedente de Inglaterra (notad que digo

cuidadosa y suavemente robados: ¡par-
bleu! yo quisiera que me robasen del mis-
mo modo todos los días) se hallaba uno
dirigido por el dicho Julian Montreuil á
un su amigo político. Entre las cartas que
contenia este paquete, todas de importan-
cia, habia una en que hacia una pintura
de la familia inglesa cuya casa habitaba.
Esta carta describia á todos los individuos
de la familia desde los pies á la cabeza y
en particular á uno, el presunto here-
dero de los estados, el conde Morton De-
vereux. Pues que decis que no habeis lei-
do la carta, no quiero ofender vuestra mo-
destia insistiendo sobre lo que hablaba de
vuestro talento, energia, ambicion, etc.;
solamente os diré que se extendia mucho
mas sobre vuestras esperanzas que sobre
vuestras riquezas, y que manifestaba ex-
presamente que el objeto de permanecer
al lado de aquella familia y de cultivar

vuestra amistad, era proporcionar á cierto partido político el apoyo y la influencia de vuestras treinta mil libras de renta.

—Ya entiendo, dije, ¿al partido del caballero?

—Exactamente. Esta esponja, decia Montreuil, y tengo bien presente toda la frase, esta esponja se hinchará bien y ahora la estoy manejando suavemente para exprimirla el jugo despues, segun convenga al partido cuyos intereses con tanto celo defiende.

—La metáfora no era muy lisonjera para mí, dije.

—Es cierto. Pues como os iba refiriendo, luego que mi ama hubo leído esta carta, recordó que vuestro padre el mariscal habia sido uno de sus *plus chers amis*... en una palabra, si es verdad lo que dicen malas lenguas, habia sido el

cher ami. Por tanto resuelta á desenga-
ñaros y arruinar las esperanzas del *mau-
dit jésuite*, puso un sobre á la carta y
me comisionó para entregárosla. Vine á
Inglaterra y os la dí; en aquel momento
entró el padre Montreuil y descubrí en
él á mi antiguo camarada, el uno de los
dos jóvenes de quienes he dicho que eran
tan traviosos, el cual como otros muchos
aventureros al entrar en el mundo, habia
mudado de nombre; así es que no podia
yo sospechar que Julian Montreuil fuese
Bertrand Collinot. Cuando ví lo que habia
hecho, lo sentí infinito porque amaba á
mi compañero lo bastante para no desear
perjudicarle, y ademas le temia un poco.
Monté á caballo y pasé á ejecutar otros
varios encargos que traia, con ánimo de
no volver por aquella parte de Inglaterra,
como en efecto no he vuelto hasta hace
ocho dias (y ahora entra la historia del

testamento) que fuí llamado junto al lecho de muerte de mi hermano el notario. ¡Dios le tenga en descanso! padeció mucho de hipocondria en sus últimos momentos (creo que lo mismo sucede generalmente á los de su profesion) y me dió un paquete sellado con encargo de entregárosle á vos solo y en propia mano. Así que murió (y no penseis que soy insensible: apenas habia vivido con el escribano, que era solamente hermano de padre; yo nací de un segundo matrimonio que mi padre contrajo con una señora extranjera dueña de una posada) digo pues, que así que murió, me apresuré á venir á Londres; la Providencia hizo que os encontrase en la calle, y ahora estoy dispuesto á entregaros el documento bajo dos condiciones.

—Que son, la primera recompensaros, la segunda...

—Prometerme no abrir el paquete hasta dentro de siete dias.

—¡Diablo! ¿Y por qué?

—Voy á decíroslo francamente: uno de los papeles de este paquete ha de ser... es sin duda ninguna la confesion escrita de mi hermano; y en ella se acrimina á una persona, á quien quiero bien y á quien estoy resuelto á dar tiempo para que se escape.

—¿Quién es esa persona? ¿Es Montreuil?

—No señor, pero no puedo deciros mas. Exijo esa promesa, conde; me es indispensable, y si no me la dais, *parbleu y morbleu* no llevareis el paquete.

Dijo esto con tal aire de indiferencia, de confianza en sí propio y de descaro, que no supe si soltar la risa ó dejarme llevar de mi indignacion. Ninguna de estas dos cosas hubiera sido política en

aquellas circunstancias, y como he dicho antes, no debian arriesgarse los estados de Devereux por una bagatela.

—Decidme, pregunté con cierto sarcasmo que me pareció muy oportuno, decidme, Mr. María Oswald ¿esperais recibir vuestra recompensa antes de que se abra el paquete?

—De ningun modo, respondió el caballero que en su opinion nada tenia de particular, de ningun modo; mi recompensa vendrá despues que vuestros abogados se satisfagan de que los papeles que contiene el paquete son suficientes para hacer que se os devuelva la herencia de la quinta de Devereux con sus dependencias.

Esto parecia algo mas claro; y como el único riesgo que yo corria de aceptar esta condicion, era el de que se escapasen los criminales, no creí que debia

perder mi causa por un deseo inmoderado de persecucion. Ademas entonces me consideraba demasiado feliz para ser vengativo ; y así, despues de un momento de reflexion, accedí á la propuesta de Mr. Oswald y le dí mi palabra de caballero de que no abriría el paquete hasta despues de siete dias. Entonces Mr. Oswald sacó del bolsillo un pliego de papel en que estaban escritos varios artículos , cuyo objeto era hacer constar que si por los papeles puestos en mi mano por Mr. María Oswald , se convencian mis abogados de que podia legalmente hacerme dueño de la hacienda de mi tio , actualmente en la posesion de Gerald , me obligaba á pagar al dicho María la cantidad de 5,000 libras , la mitad inmediatamente despues de la consulta de los abogados y la otra mitad al entrar en posesion de las propiedades. No pude menos de sonreirme

al pensar que la palabra de un caballero bastaba para disipar en Mr. María Oswald los temores por la seguridad de la persona á quien amaba; mas que para la seguridad de su recompensa, necesitaba una obligacion escrita. Siempre está uno dispuesto á fiar la suerte de los amigos á la conciencia de otro, pero no somos tan crédulos cuando se trata de nuestro dinero.

— La recompensa será doble si se logra el objeto, dije firmando el papel; y entonces Oswald me dió un paquete en que con mano trémula estaban escritas estas palabras. » Para el conde Morton Devereux — en propia mano — urgente. » Luego que me entregó el precioso depósito y me recordó mi promesa, desapareció, y yo me guardé en el seno el paquete y volví adonde estaban los convidados.

Nunca habia estado mas alegre que

aquella tarde ; los buenos de mis convidados no pensaban que un hombre pudiese tener tan poca seriedad en el momento de ir á casarse. Sin embargo , se retiraron pronto y en seguida me apresuré á pasar á mi gabinete de dormir , para poner á buen recaudo el tesoro que habia adquirido. En aquel cuarto tenia un pequeño escritorio donde acostumbraba á guardar las cosas de mas valor. Puse el paquete en uno de sus cajones , no sin haberle dado mil vueltas en mi mano, renegando de la promesa que me impedia abrirle. Cuando estaba cerrando el cajon, llegó á mis oidos la suave voz de Desmarais que iba á pedirme licencia para pasar aquella noche en compañía de un amigo á fin de celebrar el feliz acontecimiento de mi boda. No acostumbraba, segun dijo , á mezclarse en bromas vulgares , pero en semejante ocasion confe-

saba que se sentia inclinado á infringir un poco su costumbre, y creia que su amo con el buen gusto que le era habitual, se ofendería de que en su casa la broma traspasase los límites de la discrecion y penetrase en los del bullicio y de la embriaguez, especialmente cuando habia prohibido toda señal de alegría extraordinaria. Por lo mismo me suplicaba le permitiese pasar la noche en casa de su amigo y me pedia *mille pardons* de su presuncion.

—Ahí teneis cinco guineas para vos, dije; id y emborrachaos con vuestro amigo y poneos alegres ya que no os volvais prudentes. Pero decidme ¿es propio de un filósofo abandonar su indiferencia, en especial ante un suceso que toca á otro y sobre todo abandonarla hasta el punto de embriagarse para celebrar ese suceso?

—Perdonadme, señor, contestó Desmarais, inclinándose hasta el suelo; bien puede uno embriagarse alguna vez cuando sabe que á la mañana siguiente ha de tener mucho en que pensar; y además el filósofo práctico debe dejarse llevar de todas las emociones con el objeto de juzgar de qué modo pueden afectar á los demás; esta es mi humilde opinion.

—Bien, idos.

—No será sin daros las mas expresivas gracias: todo esta preparado para vuestro trage de noche.

—Y Desmarais salió del cuarto con el desembarazo y pausa con que solia combinar la elegancia con la dignidad.

Pasé en seguida al cuarto que habia hecho preparar para tocador de Isora. La encontre apoyada en la ventana y noté que habia llorado. Al detenerme á contem-

plar su rostro y su actitud tan bella en su tristeza, sentí que mi corazón rebosaba en un júbilo mucho mayor del que solía mezclarse con mi ternura.—Sí, dije entre mí, ya no eres la jóven abandonada, la perseguida descendiente de una raza noble pero arruinada; no eres tampoco la esposa de un hombre obligado á buscar en extranjeros climas, entre peligros y trabajos los medios de adquirir fama y dinero. Al fin se han disipado las nubes que ofuscaban la brillantez de tu estrella, y la riqueza y la pompa y todo el lujo que puede ostentar la mujer mas elevada de Inglaterra, será tuyo. Y con estos pensamientos la riqueza me parecia mil veces mas preciosa que hasta entonces me habia parecido.

Acerqueme á Isora, y poniéndola la mano en el hombro le dí un beso en la mejilla. No volvió la cara, antes bien

procuró tomándome la mano y llevándosela á los lábios, ocultar que habia llorado. Creí que debia favorecer su artificio en vez de quejarme de él y permanecí en silencio por algunos instantes, al cabo de los cuales descubrí á Isora las esperanzas que la posesion del nuevo tesoro me hacia formar, y los planes de vida futura que me proponia llevar á cabo. Ya le habia referido la aventura del dia anterior: entonces le conté mi última entrevista con Oswald, y entusiasmándome mas y mas conforme iba hablando, vine por último á pintar las posesiones de mi tio con tan brillantes colores como si ya las hubiese recobrado. Describí los abundantes bosques y el transparente lago y el tortuoso y saltador arroyuelo sombreado de helechos; hablé de mis primeras escursiones estendiéndome con alegría infantil en la pintura de los sitios

que mas solia frecuentar. Presenté despues visiblemente á su imaginacion mientras ella me escuchaba con atencion, fijos en mí sus brillantes ojos, el espeso monte, donde tan á menudo habia pasado el tiempo en vagos sueños y dulce ociosidad; el antiguo árbol á que habia trepado tantas veces para sorprender á los pajarillos en su alegre nido, ó para escuchar sin ser visto el melancólico ruido que hace el ciervo en la selva; la antigua galería y el vasto salon que á la luz del crepúsculo habia atravesado con tanta frecuencia, poseido de religioso temor al mirar los retratos de mis ascendientes y al meditar sobre mi destino recordando el suyo; la vieja y cenicienta torre destinada para mí; la solitaria senda que conducia á la playa y el placentero aspecto del tranquilo mar; el pequeño emparrado que mi primera ambicion habia hecho levantan-

tar sobre un campo de hermosas flores y al lado de una bulliciosa fuente que entre yedra y jazmines acompañaba la voz de las aves y el murmullo de las abejas ; y cuando acabé mi descripción me volví hacia Isora diciéndole con acento de ternura:—Otra vez visitaré todos estos sitios y esta vez será contigo.

Isora suspiró tristemente y guardó silencio. Al fin instándola para que hablase , dijo:

—Quisiera engañarme á mí misma, Morton , pero no me es posible. No puedo arrancar de mi corazón el presentimiento de que no he de volver á salir de esta ciudad , de sus sombríos muros y de su espesa niebla. Una voz interior me dice. «Desde esta misma ventana puedes ver el límite de tus escursiones mientras vivas.»

Las palabras de Isora helaron mi co-

razon , disipando mi primer entusiasmo. —En vano , dije , despues de haberla reprendido por su falta de confianza , en vano quieres hacerme creer que no tienes mas motivo para pensar así que un vago presentimiento. Ya es tiempo de que deposites en mí tu confianza respecto á todos los puntos que tienen relacion con el juramento que hiciste á nuestro mortal enemigo. Habla , querida mia ¿no tiene tu temor alguna causa que aun no me hayas revelado?

Isora vaciló un momento antes de responder. Despues dijo con aquella viveza que indica que las palabras salen de los lábios contra nuestra voluntad.

—Sí , Morton , quiero decirte ahora lo que antes de este dia nunca te hubiera dicho. La última vez que ví á ese hombre terrible , me dijo: «Yo os aseguro , Isora de Alvarez , que mi amor es todavía mas

feroz que mi odio; yo os aseguro que vuestra ceremonia nupcial con Morton Devereux, se manchará con sangre; casaos con él y pereceis: sí, aunque sufra desde aquel momento todos los tormentos del infierno, mi propia mano os clavará el puñal en el corazón.» Morton, estas palabras resuenan todavía en mis oídos como si acabasen de ser pronunciadas; siempre han estado presentes en mi memoria y muchas veces he despertado sobresaltada creyendo sentir que el acero me rasgaba el pecho. Mientras nuestro casamiento ha estado oculto tan cuidadosamente, he podido dominar mi temor y á veces casi desterrarle de mí; pero ahora que se vá á hacer pública nuestra boda; ahora que va á llegar á oídos de ese hombre feroz é implacable, he llegado á creer que se ha pronunciado mi sentencia. Este temor, querido mio, bastará

para disculpar á tu Isora si por acaso te ha parecido ingrata á tu generosa solicitud por anunciar nuestra union; y tal vez no habria accedido tan facilmente á que se publicase, á no ser en primer lugar porque considero impropio de tu esposa abrigar un terror tan puramente egoista que me impida gloriarme de ser tuya á la faz del mundo; y en segundo lugar (aquí Isora se ruborizó y ocultó su rostro en mi pecho) porque llevo en el seno una prenda de nuestro amor, siendo por consiguiente necesario el anuncio de nuestro casamiento para salvar tu honor y el mio.

Aunque en realidad yo participé del terror de Isora al oír la causa de sus tristes pronósticos, y aunque el horror que me inspiraba la mortal amenaza de mi enemigo era todavía mayor que mi indignacion, logré ocultar mis emocio-

nes y solo pensé en consolar y animar á Isora. Hícele presente cuán bien custodiada iba á hallarse con la vigilante protección de su marido; cuán imposible era que nada pudiese separarme de su lado; que la feroz persecucion y excesiva maldad de aquel hombre eran suficientes para escasar que faltase al juramento que habia hecho de no descubrirle; que además yo procuraría conseguir la absolucion del Papa; que desde el momento en que me fuese conocido el secreto podría adoptar mis disposiciones para evitar que mi rival llevase á ejecucion sus amenazas; que por mas cercano pariente que fuese mio, las consecuencias de una contienda entre los dos, nunca podian ser tan terribles como el menor mal que á ella le sucediese; que á mayor abundamiento para disipar su recelo la prometia solemnemente no reñir con él á mano armada;

en suma dije todo lo que me podia dictar mi inquietud, consiguiendo al fin calmar sus temores y ver en sus lábios una sonrisa tan tranquila y placentera como la primera vez que la encontré en casa de su padre. Sin embargo, no quiso admitir la absolucion de su juramento, porque era muy escrupulosa respecto á la santidad de estas obligaciones religiosas; pero yo decidí en mi interior que su seguridad lo exigia absolutamente; y me resolví de todos modos á pedir mi absolucion de la promesa que le habia hecho á ella.

Al fin Isora mudando de conversacion, me señaló con el dedo el cielo que parecia mirarnos con sus miles de ojos de luz, y me preguntó abrazándome todavía mas estrechamente:—Dime, amor mio, si entre las estrellas habiésemos de escoger una para habitar en ella, ¿cuál elegirías?

Yo señalé á una que estaba á la izquierda de la luna , y que si bien no era de las mas grandes , parecia brillar con mas intensa luz que las otras. Desde aquella noche , esa estrella ha sido para mí una fuente de profundos y apasionados pensamientos, un manantial de temores y esperanzas , un espejo en el cual en tiempos agitados he creido leer mi destino y encontrar cierta prediccion misteriosa de mis futuras obras, un puesto á que creo que otros han llegado antes que yo, una morada inmortal é inmutable adonde mi alma , cuando abandone este cansado cuerpo, volará como un pájaro y en donde por último encontrará reposo.

¿Qué piensas de mi eleccion? dije. Isora levantó la vista pero no me respondió ; y al mirar yo á la pálida y tranquila luz de los cielos , sus negros ojos

donde todavía temblaba una lágrima, sus nobles y delicadas facciones sobre las cuales se extendía una expresión de tranquila melancolía, sus labios entreabiertos y sus abundantes rizos cayendo sobre su frente de mármol y formando contraste con una rosa blanca, único adorno de su cabeza (todavía conservo esta rosa y no daría una de sus ojos marchitas por un reino), su belleza nunca me pareció tan divina y mi corazón nunca se sintió más enamorado.

Ya era más de media noche. Todo estaba en silencio en nuestra cámara nupcial. La única lámpara que colgaba del techo, despedía una luz clara y serena, y entre las cortinas entreabiertas de la ventana, la luz de la luna penetraba hasta nuestro lecho tranquilo, puro y santo, como si contuviese dos seres celestiales.

—Chss! dijo Isora en voz baja: ¿no

oyes ruido en las habitaciones inferiores?

Yo me puse á escuchar: mi oido es por naturaleza mas torpe que los demas sentidos.—No oigo mas ruido, dije, que el de tu respiracion.

—Sería aprension mia, añadió Isora; ya ha cesado. Y acercándose mas á mi pecho se quedó dormida. Contemplé su rostro inocente é infantil con aquel deleite y complacencia que sentimos cuando poseemos el objeto para nosotros mas querido, y pensando que en el universo no habia ya otra dicha que pudiese yo apetecer, me cogió el sueño.

De repente desperté; sentí que Isora temblaba á mi lado. Antes de que pudiese hablarla ví á poca distancia de la cama, á un hombre cubierto con una larga capa y enmascarado; pero sus ojos brillaban á través de la careta y estaban fijos en mí. Tenia los brazos cruzados y

se hallaba completamente inmóvil ; pero al otro extremo del cuarto , delante del escritorio , en que habia yo cerrado el importante paquete , estaba otro hombre tambien enmascarado y con una capa de igual corte y color. Este se volvió de repente como alarmado , y entonces ví que el escritorio estaba ya abierto y el paquete en sus manos. Desprendime de los brazos de Isora y llevé la mano á la mesa inmediata á mi cabecera , sobre la cual dejaba siempre la espada ; pero no la encontré. No importa , dije entre mí , soy jóven , fuerte y animoso , aunque el peligro sea grande. Salté de la cama y me precipité sobre el hombre que tenia el paquete. Con una mano cogí el importante documento y con la otra procuré arrancar la máscara del rostro del ladron. El procuró mas bien defenderse que atacarme ; y solo cuando yo le tuve casi

desenmascarado sacó un pequeño puñal y me hirió en el costado. El golpe parecía dado á propósito para evitar que la herida fuese mortal ; al principio logró contener mis ímpetus, pero despues renové mis esfuerzos para apoderarme del paquete. Al fin pude arrancarme de manos del ladron y reuniendo mis fuerzas que ya me iban abandonando me lancé sobre él y le tiré en tierra cayendo yo sobre su cuerpo.

Pero la sangre corría en abundancia de mi herida, y mi antagonista, aunque menos nervioso que yo, me llevaba gran ventaja en la corpulencia y en la estatura. Por un instante quedé yo encima, pero en el momento siguiente, su rodilla se hallaba ya sobre mi pecho y la hoja de su puñal brillaba en alto á la pálida luz de la lámpara y de la luna. Creí llegada mi hora ; y ojalá hubiera llegado!

Isora dando un grito penetrante, saltó de la cama, y poniéndose delante del asesino, le detuvo el brazo. Aquel hombre en toda nuestra lucha habia obrado con singular moderacion: al ver la actitud de Isora, se detuvo un momento y despues dejó caer la mano. Hasta entonces el otro hombre no se habia movido de su posicion, ni habia hecho ademan alguno que indicase sus intenciones; pero entonces se adelantó un paso hácia nosotros, blandiendo un puñal como el de su compañero. Isora levantó las manos hácia él en actitud suplicante y gritando: ¡No le mateis! ¡No le mateis! ¡Piedad! ¡Piedad! El asesino se llegó hasta mí, murmuró con acento de profunda cólera algunas palabras casi inarticuladas, y apartando á su compañero, hizo brillar su arma levantada ante mis ojos ya casi apagados. Hice un vano esfuerzo para

levantarme; el acero descendia sobre mi pecho; Isora no pudiendo detenerle, se arrojó delante de él; su sangre, la sangre de su corazon cayó sobre mi cuerpo; vila caer y me quedé sin sentido.

Cuando volví en mí: los criados me tenian rodeado; una gran mancha morada sobre el sofá en que estaba tendido me hizo recordar distintamente la terrible escena de que habia sido testigo. Púseme de pie y pregunté por Isora; un débil murmullo llegó á mis oidos; volvíme y ví una oscura forma sobre la cama rodeada como yo de criados y curiosos. Acerquéme tambaleando al lecho, mi lecho nupcial; con un ademan altivo hice apartar á toda la gente; oí mi nombre distintamente pronunciado; un momento despues estaba al lado de Isora. Todos mis dolores, toda mi debilidad y hasta la idea de que estuviese herido des-

aparecieron en el acto ; todo mi ser, toda mi vida se reconcentraron en un solo y terrible pensamiento. Fijé mis ojos en los suyos, y aunque la nube que iba cubriéndolos se hacia por momentos mas espesa, distinguí claramente en ellos el profundo amor de aquel corazon fiel y apasionado, que habia dado su vida por la mia.

La eché los brazos al cuello y estreché sus lábios con los míos:—Habla, dije, habla ; y mi sangre saltó sobre su cuerpo con el esfuerzo que hice.

Aun en la agonía de la muerte aquel divino ser, que tan condescendiente habia sido siempre con mis mas leves deseos, se esforzó para obedecer.—No te aflijas por mi muerte, dijo con trémula y trabajosa voz : es mas dulce morir por tí que vivir.

—Estas fueron sus últimas palabras.

Su aliento cesó de repente ; su corazón que estrechaba contra el mio dejó de palpar ; cogiome un desmayo... la luz iluminaba entonces plenamente su rostro. ¡Oh Dios! ¿Por qué he vivido para escribir que ya no existe Isora?

CAPITULO II.

Mi nueva entrada en la vida por la puerta de Ebano.—Asfliccion.

Pasaron algunos meses antes de que pudiera recobrar me del golpe que habia recibido. Levantéme del lecho del dolor y del delirio, sereno, insensible, débil, pero tranquilo. Toda la vigilancia que la justicia habia empleado para descubrir á los asesinos habia sido en vano. El paquete desapareció inmediatamente que yo, única persona que podia hacerlo, me hallé en estado de echarle de menos; se fijaron naturalmente mis sospechas en Gerald como el que mas provecho podia sacar de la pérdida de aquellos documentos. Gerald, lejos de evitar las averigua-

ciones sobre su conducta, las propuso él mismo y probó que no se habia movido de su casa durante toda la semana en que ocurrió el fatal acontecimiento. Esto parecia bastante á los demas, creyendo que el asesino habia sido el instrumento, no el instigador, el bravo, no el que le empleaba; pero yo que veia en él no solo al ladron del paquete, sino al terrible rival que tanto habia amenazado á Isora con que mis bodas se mancharían con sangre, me perdia en conjeturas ante las innegables pruebas de su ausencia en aquella noche; y tanto mas, cuanto que segun lo que permitian juzgar sus disfraces, mi propio sobresalto y mi confusa observacion, ninguna de las dos personas, y mucho menos el asesino de Isora, tenia la estatura y proporciones de Gerald. Sin embargo, ya hubiese sido el ejecutor, ya la causa mas ó menos inme-

diata de mi desgracia , no me quedaba duda de que él era el criminal. Dirigí las investigaciones de la justicia hácia Montreuil : este se hallaba fuera del reino en la época de mi restablecimiento , pero á su vuelta se presentó atrevidamente á dar las explicaciones que se le pidieron ; hizo mas , pidió que se averiguase qué pruebas habia de que el paquete de que yo hablaba habia estado en mi poder ; y con gran sorpresa y confusion mia fué completamente imposible hallar el menor rastro de M. María Oswald. Era cierto que su hermano el notario habia muerto poco tiempo antes del suceso y tambien que en su lecho de muerte habia visto á M. María , pero ningun otro hecho pudo probarse que viniera á corroborar mi historia ; y los partidarios de Gerald no perdieron el tiempo para insinuar el gran interés que yo tenia en forjar un cuento

respecto á un legado, sobre cuya autenticidad sostenia un litigio.

Los ladrones habian entrado por una puerta trasera que se encontró abierta. Nadie les habia visto entrar ni salir, excepto Desmarais, que declaró que habia oido un grito; que habiendo pasado fuera de casa la mayor parte de la noche, solo hacia una hora que se habia acostado; que se levantó y corrió hácia mi cuarto de donde le parecia haber salido el grito; que encontró á dos hombres enmascarados en las escaleras, que se agarró con uno, el cual en la refriega le hirió en el pecho con un puñal y se escapó dejándole tendido en el suelo; por último, que despues dió voces llamando á los criados, y á pesar de su herida, pasó con ellos á mi cuarto, donde nos halló á Isora y á mí inanimados y sangrientos, y vió fracturado el cajon del escritorio.

La única contradicción que se halló en esta historia, fué que los agentes de justicia encontraron el escritorio no fracturado sino abierto, aunque sin llave ninguna en él; y la llave del cajón donde había estado el paquete fué hallada en una cartera en uno de mis bolsillos, donde Desmarais dijo que solía guardarla. ¿Cómo pues había sido abierto el escritorio? Creyóse que solo podía haberlo sido con alguna de las llaves maestras, ó ganchos que usan los ladrones experimentados. Esto dirigió por otro lado las sospechas, suponiéndose que el robo y el asesinato habían sido realmente cometidos por ladrones de profesión. Descubrióse entonces que un gran bolsillo lleno de oro y una cruz de diamantes que tenía yo guardados en el escritorio habían desaparecido, así como también algunos cuantos artículos de adorno y bisutería

que se habian salvado del primer naufragio de mi fortuna. Estas circunstancias confirmaron desde luego la opinion de los que atribuian el crimen á gente vulgar y mercenaria, y sobre esta hipótesis se fundó una suposicion muy verosimil. ¿No podia aquel Oswald, que cuando menos era un aventurero de dudosa reputacion, haber inventado la historia del paquete para proporcionarse entrada en mi casa y reconocer durante la confusion ocasionada por mi matrimonio, los sitios en que se guardaban los artículos de mas valor y mas fáciles de robar? El astuto ladron podia haber encontrado al abrir ó cerrar las puertas mil ocasiones de introducirse en la casa sin ser visto; hasta podia haberse ocultado en mi propio cuarto para observar el punto en que ponía el paquete, convencido de que yo elegiría para guardar unos do-

cumentos tan importantes, el sitio que me pareciese mas seguro. Así naturalmente podia habersele ocurrido la idea de abrir el escritorio mas bien que cualquier otro mueble, cuya apertura á un ladron menos bien informado le habria parecido no solo menos espuesta sino mas útil. La misma confusion que le permitió la entrada hasta mi cuarto, podia haberle servido para retirarse y para introducir á su cómplice. Su insistencia en que no abriese el paquete hasta pasado cierto tiempo hacia probable esta suposicion; si le hubiese abierto inmediatamente habria notado el engaño y no le habria guardado en el punto que él sin duda tenia por objeto descubrir. De aquí se dedujo tambien que al abrir el escritorio podia naturalmente haber vuelto á tomar el paquete para que no se descubriese su primera mentira y recayesen

las sospechas en los que tenían interés en apoderarse de aquellos documentos.

Lo que daba mas apariencia de verdad á esta suposicion, era que ninguno de los criados habia visto salir á Oswald aunque muchos le habian visto entrar; y lo que puso su culpabilidad fuera de duda en la opinion de muchos, fué su repentina y misteriosa desaparicion. Para mí ninguna de estas circunstancias era concluyente. Los dos hombres que habian penetrado en mi cuarto eran mas altos que Oswald, y aquella confusion de que tanto se hablaba no habia existido, gracias á mi singular delicadeza en estas materias. Ademas estaba completamente convencido de que Oswald no podia haberse ocultado en mi cuarto mientras guardaba el paquete; y el aire y maneras del asesino no eran las de un ladron ordinario movido por instintos vulgares.

Sin embargo, estos argumentos míos no fueron juzgados como de fuerza suficiente para destruir los anteriores, y respecto al único importante en la opinión del público, á saber, el ser la estatura de Oswald diferente de la de los ladrones, se creyó que fácilmente podía haberme engañado en aquella escena tan terrible, tan breve y tan confusa. Encaminadas de este modo las sospechas, la opinión pública llegó á quedar plenamente convencida de que Oswald era el verdadero culpado, y contra Oswald se dirigieron los procedimientos, aunque en vano, porque no pudo ser habido. Verdad es que algunos de esa amable clase de la sociedad que gustan de saber los secretos de familia y que no abandonan fácilmente las sospechas contra un hermano para admitir las que se dirigen contra un criminal vulgar, todavía movían la cabeza

con aire de duda y hablaban de Gerald; pero esta suposición era muy vaga y solo se hablaba de ella en los círculos privados y en el secreto de las conversaciones particulares.

Habia yo formado una opinión no muy favorable de la inocencia de M. Juan Desmarais, y tuve especial cuidado en que el filósofo que consideraba solo como desgracias el latrocinio y el asesinato, sufriese un riguroso exámen. Recordé que me habia visto poner el paquete en el escritorio, y esta circunstancia bastó para excitar mis sospechas. Desmarais mostró con gracia su pecho desnudo al magistrado diciendo:—¿Habria consentido un hombre, un jóven como yo, en recibir esta herida si hubiese podido evitarlo?—el magistrado se echó á reir : la frivolidad es á veces la mejor diplomacia para los malvados ; porque es difícil creer

que un mequetrefe pueda ser culpado de hurto y asesinato. Por tanto Desmarais salió triunfante de la prueba; é inmediatamente despues de mi declaracion, que fué la segunda y tomada á instancias mias, vino á decirme, haciendo una profundísima reverencia y trayendo pintado en sus enjutas megillas el rubor de una virtuosa indignacion, que no se quejaba de mí, que era su destino ser víctima de ingratas sospechas; que las verdades filosóficas no siempre podian granjear amigos; por último, que hacia dimision de su empleo. Yo se la admití de bonísima gana.

Ahora debo decir lo que pensaba en el asunto, y lo haré brevemente. En mi interior estaba convencido de que Gerald era el verdadero y principal culpado: tres veces tuve la idea de presentarme en la quinta de Devereux, donde aun

residia, esperarle, echarle en cara su maldad y hacérsela espiar con la punta de la espada en mortal combate. No referiré la terrible lucha que la naturaleza, la conciencia, todos los escrúpulos y preocupaciones de la educacion y del parentesco, sostuvieron con esta atroz resolucion, cuya inhumanidad procuraba encubrir con el nombre de justicia debida á Isora. Baste decir que al fin la abandoné, y que lo hice principalmente porque á despecho de mi propia conviccion, todavía podia fundarse una duda racional en la circunstancia de que el asesino me habia parecido de estatura inferior á la de Gerald; siendo ademas la persona á quien habia perseguido en la noche en que fui sorprendido por los moawks, persona que como era natural creer sería mi propio rival, no solo mas flaca y pequeña que mi hermano mellizo, sino de las

mismas proporciones y estatura que el asesino.

Digo , pues , que esta sola circunstancia que contradecía mis sospechas, tuvo mas poder para hacerme abandonar la idea de vengarme personalmente de Gerald, que todas las demas consideraciones que la virtud y la religion me presentaban. Estaba decidido á no dar el golpe que debia hacer completa justicia á Isora, hasta adquirir plena certeza de que recaia sobre el verdadero criminal. Así, aunque siempre y en todas situaciones alimenté el mas ardiente deseo de venganza, me ví obligado á tenerle secreto y hasta á perder por espacio de años y años todas mis esperanzas de lograrlo. Solo una vez manifesté mis sentimientos respecto á Gerald: no pude descansar, ni dormir, ni emprender nada hasta que lo hube efectuado; pero despues me pareció que po-

dia esperar con la mayor paciencia todo el tiempo que el destino quisiese, y volví á las ocupaciones ordinarias de mi vida en apariencia tranquilo y resignado.

Esta sola manifestacion á que me refiero siguió inmediatamente á la resolucion de no atentar contra la vida de Gerald. Dejé la espada para no esponerme á faltar á mi propósito, me trasladé á la quinta de Devereux, y dejando el caballo ensillado á la puerta, llegué hasta el cuarto de Gerald. Pronuncié pocas palabras; pero cada una contenia un volúmen de ideas. Díjele que gozase de la fortuna que habia adquirido por medio del fraude, y de la conciencia que habia manchado con el asesinato.—Gózalas, añadí, mientras puedas; pero sabe que tarde ó temprano llegará el dia en que la sangre que clama desde la tierra, será oida en el cielo, y tu propia sangre acallará sus

clamores. Sabe que aunque en apariencia desobedezco la voz de mi corazón, la estoy oyendo noche y día, y solo vivo para cumplir en tiempo oportuno sus mandatos.

Dejéle aturdido y horrorizado, salté sobre mi caballo y poniéndole al galope, sin volver la vista atrás me alejé de las torres y posesiones de que había sido despojado. Desde entonces procuré no encontrarme nunca con el usurpador; una vez después de esta escena me escribió; pero le devolví la carta sin abrirla. Basta de esto: el lector conocerá ahora cuál era la verdadera naturaleza de mis deseos de venganza, y apreciará las razones que en todo el resto de esta historia me impelen á hacer muy pocas alusiones á tales deseos, hasta que llegue el momento de su consumación.

Volví á introducirme en la sociedad

con aire tranquilo y sereno. Era aquel un tiempo de grande excitacion política, y aunque mi religion me cerraba la entrada del parlamento, donde podia haber abogado francamente por mis ideas, no podia impedir que me mezclase en secretas intrigas. Saint-John halló muchos medios de emplearme, y entré en todos los planes que formaron los católicos, al parecer con la misma avidéz y con el mismo ardor que ellos. En lo que sigue de mi historia notará el lector un gran cambio en el carácter de la narracion. Hasta ahora me he retratado á mí mismo, mi corazon, mi carácter, mis pasiones y los pensamientos que estas producian. Ahora voy á describir los pensamientos y pasiones de los demas. El amante y el visionario ya no existen; han desaparecido para dar lugar al hombre satírico y observador que descubre las locuras de los demas al

mismo tiempo que participa de ellas, al actor inteligente en el drama de la vida humana. Cualesquiera que sean los dolores que este cambio me haya costado, el lector ganará en él. La alegre disipacion de las cortes; las vicisitudes y vanidades de los que las frecuentan; los animados chistes, las frívolas conversaciones, la ligera ironía ó la profunda reflexion; los caracteres de los grandes, los coloquios de los sábios deleitan el ánimo y entretienen el ocio mas que los diversos grados de la pasion y el destino del amor. El monstruo del Nilo se encuentra en las orillas mas favorecidas por el sol. Allí las frescas olas del rio se agitan con suave melodia iluminadas por los rayos de aquel astro; ¿pero quién puede decir lo que se oculta terrible y vigilante debajo de ellas?

CAPITULO III.

Proyectos ambiciosos.

No es mi ánimo escribir una historia política en vez de una biografía particular. Sin duda ninguna en el próximo siglo saldrán á luz suficientes volúmenes en celebracion de esta era que mis contemporáneos se complacen en llamar la mas grande de los modernos tiempos. Por otra parte, en las secretas intrigas en que estuve mezclado con Saint-John, hay ciertos hechos que por consideracion á los demas me veria obligado á pasar en silencio. Diré, pues, brevemente que en 1712 obtuvo Saint-John la dignidad de par con el título de lord Bolingbroke, título que su destierro y su genio hicieron despues tan ilustre.

Yo fui á visitarle cuando se hizo público este honor. Encontréle paseando en su cuarto con los brazos cruzados, y el lábio inferior comprimido como tenia de costumbre cuando alguna cosa le incomodaba ó irritaba grandemente.

Al verme se paró de improvviso delante de mí y me dijo:—;Por cierto que al ver á ese pavo real de Harley ostentar tan brillantes plumas en su cuello, no es posible dejar de admirar la generosidad con que me han arrojado esta sucia pluma de grajo!

—¿Qué quereis decir? le pregunté no obstante que sabia la causa de su enojo y de su metáfora; porque Saint-John usaba todavía menos metáforas en su lenguaje que en sus escritos.

—;Cómo! gritó el nuevo par colérico y lanzando una de aquellas miradas centellantes que daban á su rostro indignado

la expresion mas poderosa que yo he visto. Cuando ha sido violada la sagrada promesa que se me hizo de darme el condado colateral que me corresponde; y cuando yo sostengo esclusivamente el peso, el trabajo, la dificultad, el odio que traen consigo los negocios ante los cuales se confunde y anonada el imbécil y tímido carácter de Harley, de ese necio déspota ¿no veis que esta recompensa que me dan no es mas que un insulto disfrazado con el título de honor? Ya conoceis mi carácter, poco afecto á vanos honores; ya sabeis que estimo en poco las condecoraciones y los títulos por lo que son en sí; pero la cosa mas insignificante llega á ser de entidad si se convierte en símbolo de otra cosa de gran valor ó en señal de afrenta y desaire. Figuraos que queda vacante un condado colateral; que casi me lo pro-

meten, que yo contaba con él. Pues bien, de la noche á la mañana me sacan de la cámara de los comunes donde soy omnipotente, y me dan, no ese condado que como perteneciente á mi familia sería lo único que me hiciese consentir en separarme de una cámara donde hasta mis propios enemigos confiesan que tengo mas influencia que ningun otro diputado; no ese condado, repito, sino una miserable distincion que me coloca en categoría inferior, que se me concede contra mi voluntad, y que me envia á la cámara alta para defender lo que ese fatuo de Oxford se vé obligado á abandonar; con lo cual no solo quedo espuesto á la maledicencia de un partido que está furioso contra mí, sino injuriado por el partido á quien con alma y vida he sostenido. Ya sabeis que mi nacimiento es tan noble como el de Harley; que mi influencia en la cámara

baja es mucho mayor; que mi nombre en el pais y aun en toda Europa es mucho mas popular; que los negocios de que estoy encargado son mas pesados y enojosos; que la última paz de Utrecht es enteramente obra mia; que los enemigos de ese tratado han dirigido todos sus tiros contra mí; que sus partidarios me han atribuido todo el honor de él; pues bien, cuando precisamente se elige esta ocasion para faltar á una promesa solemne; cuando se me concede un honor no pretendido y que se sabe no me ha de agradar; cuando al mismo tiempo, de seis condecoraciones vacantes de la Jarretiera la una viene á adornar la pierna de Harley que podia obtener un condado, y las demas son concedidas á hombres de muy inferiores pretensiones, si no de inferior rango, quedándome yo sin ninguna, ¿cómo puedo negar que todas estas cosas, desprecia-

bles en sí mismas, tienen una importancia vital por la intencion evidente que ha habido de insultarme? Los insectos que despreciamos cuando zumban alrededor nuestro, llegan á ser peligrosos cuando deteniéndose sobre nuestro cuerpo nos hacen sentir su picada. Pero, añadió Bolingbroke mudando de tono y sonriéndose, por mucho tiempo he carecido de un mote y ya he encontrado uno. Ya sabeis que á Oxford le llaman el dragon, pues bien, desde ahora quiero que me llamen San Jorge, pues juro por mi vida que he de derribarle y vencerle. Lo digo de burlas pero lo pienso de veras. Y ahora que he descargado mi bilis, hablemos de ese maravilloso poema, que á pesar de haberle leído cien veces nunca me canso de admirar.

—¡Ah, el *Rizo robado*! Es hermoso en verdad, pero no me gusta ahora la poesía.

A propósito ¿cómo es que todos nuestros poetas modernos se dirigen al gusto , al alma , á la razon y nunca á los sentimientos ? ¿ Creeis que deben hacerlo así ?

—Amigo mio , estamos en un siglo civilizado : ¿ qué tienen que ver los sentimientos con la civilizacion ?

—Mas de lo que suponeis. Tal vez cuanto mayor es nuestra civilizacion , son en mayor número nuestros sentimientos. Nuestras pasiones animales pierden con el exceso , pero las mentales ganan ; y á las mentales debia sin duda dirigirse la poesía. La musa inglesa , aun en ese magnífico poema , me parece que como nuestras bellezas brilla demasiado por su artificio ; gasta colorete y tontillo.

—Ha , ha , sí , los poetas de estos tiempos saben adornar mas bien que crear , entienden de cortar paño mas que de cortar mármol. Nuestros poetas me recuer-

dan las antiguas estátuas: Fidias las hacia y Bubo y Bombax las vestian de púrpura. Pero esto no se aplica al jóven Pope, que en el poema de que hablamos ha mostrado ser tan capaz de labrar el mármol como de elegir los adornos. Pero mirad, ya nos espera el carruaje. Tengo infinitas cosas que hacer; primero ver á Swift, despues probar un esquisito vino de Borgoña; asistireis á la prueba porque sois buen catador; despues iremos á visitar á una nueva actriz y de paso me direis vuestra opinion sobre el Horacio de Bentley. Pero ante todo iremos á casa de mi librero; que espere Swift. ¡Cielos qué enfadado se pondría si me oyese! Iba á decir que era lástima que este hombre tuviese tanta vanidad; pero veo que hubiera dicho un disparate.

—¿Y por qué?

—Porque si no tuviera tanta vanidad

no sería tan grande. ¿Qué otra cosa sino la vanidad hace á los hombres escribir y hablar y trabajar como esclavos y hacerse famosos? ¡Ah! y aquí en la fisonomía de Bolingbroke sucedió una expresion de tristeza al aire de alegría que la animaba, ¡ah cuán triste es que en la naturaleza humana haya de haber tan pocas cosas buenas y nobles por sí mismas y por su origen! Nuestras peores pasiones suelen á veces producir efectos mas sublimes que las mejores. Fidias, á quien ya he citado otra vez, hizo una hermosa estatua de Minerva para su pais; mas á fin de vengarse de su mismo pais, hizo otra mucho mas maravillosa de Júpiter Olímpico, que eclipsó á la primera. Así un sentimiento innoble le produjo mas gloria que un sublime sentimiento, y el artista fué mas celebrado por el monumento de su venganza que por el de su patriotismo.

Pero *allons mon cher*: nuestra conversacion se va haciendo fastidiosa y pesada. Vamos á probar el Borgoña y á buscar á los amigos con quienes hemos de beberlo.

Desde aquel tiempo las causas que motivaron el resentimiento de Bolingbroke, no cesaron de influir en su ánimo en mayor grado del que convenia y del que podia disimularse á un hombre de Estado, por mas que afectando no limitar su ambicion y su esperanza á un objeto particular y mezclar los asuntos de leve importancia con los de la mayor entidad, pretendiese no acordarse ó no pensar demasiado en el desaire que le habian hecho. Sin embargo, no podemos vituperar á los hombres políticos por sus sentimientos de odio, hasta que nosotros mismos, habiendo sido hombres políticos, no hayamos odiado á nadie; las almas fuer-

tes experimentan fuertes pasiones, y los hombres de fuertes pasiones tienen que aborrecer así como tienen que amar.

Cerca de dos años transcurrieron, empleados por mi parte en continuas intrigas diplomáticas, combinadas con interesantes, aunque secretos, esfuerzos para penetrar el misterio que ocultaba los acontecimientos de aquella terrible noche. Todos ellos, sin embargo, fueron vanos. No sé lo que la policía inglesa podrá adelantar con el tiempo, pero en mi época sus agentes parecían escogidos como los compañeros del honrado Dogberry, «entre los hombres mas insensatos y propósito para el caso (1).» Sin embargo, son estos en el dia tan pícaros como tontos; y tai vez la posteridad mas inteli-

(1) Palabras de Dogberry en la comedia de Shakspeare MUCH ADO ABOUT NOTHING (*mucho ruido y pocas nueces*). (N. del T.)

gente apenas podrá creer que cuando se roban cosas de gran valor y los propietarios acuden al principal magistrado, es difícil que vuelvan á ver sus efectos robados, al paso que si se dirigen á un simple agente, este les promete devolvérselos siempre que paguen cierta cantidad por su rescate. Si se niegan á satisfacerla no hay esperanza de que recobren sus prendas. ¡Excelente mecanismo de gobierno interior!

Un año despues del asesinato de Isora, me escribió mi madre noticiándome un acontecimiento que desprendió de mi corazón el último lazo que le ligaba á la tierra: este acontecimiento era la muerte de Aubrey. El lector ha visto la última carta que de él recibí, escrita en la quinta de Devereux pocos momentos antes que su autor saliese de ella para siempre. Montreuil le habia asistido en su enferme-

dad que ocurrió en Irlanda. Murió de consuncion y cuando supe por mi madre que Montreuil habia escrito ponderando la devocion que mi hermano manifestaba en los últimos meses de su vida, no pude menos de sospechar que su supersticion le hubiese causado la muerte. Mi madre al saber esta fatal noticia se retiró de la quinta de Devereux y pasó á habitar en compañía de unas señoras de nuestra religion, que vivian en comunidad y se entregaban á las prácticas mas ascéticas de la vida regular, si bien no daban á su casa el nombre de convento. Largo tiempo hacia que tenia formado este proyecto; y en aquellas circunstancias experimentó un melancólico placer al ponerlo en ejecucion. Desde entonces raras veces volví á saber de ella, y poco á poco se fué separando tanto de todo lo que tenia relacion con el mundo, que mis visitas, y

aun creo que las de Gerald, llegaron á serle importunas y desagradables.

En cuanto á mi pleito, seguia su curso triunfalmente segun aseguraba mi vivaracho abogadillo que con tanto énfasis habia declarado que no le gustaban dilaciones en los pleitos. Al fin á fuerza de diligencias, de actividad y de gratificaciones, se fijó el dia de la vista: se vió la causa y la perdí. De resultas de esto habria quedado arruinado, á no haber sido por una circunstancia: la señora anciana, madrina de mi padre, que habia servido de testigo en mi matrimonio secreto, me dejó en herencia una bonita posesion cerca de Epsom. Convertida al momento en moneda y fué fortuna que lo hiciese pronto como el lector va á ver.

Murió la reina, y una nube amenazadora comenzó á presentarse en el hori-

zonte de Bolingbroke y por tanto en el del conde Devereux.—Aguantaremos la tormenta, dijo Bolingbroke.

—¿No podeis, dije yo, hacer un talapat de nuestro amigo Oxford (1)? Bolingbroke se echó á reir: todos encuentran gracia en las pullas dirigidas contra sus enemigos.

Una mañana, sin embargo, recibí de él un lacónico billete, que no obstante su laconismo y aparente alegría, conocí que significaba que alguna cosa no muy agradable habia ocurrido. Fui á su casa, y hallé que el nuevo rey le habia destituido de su cargo, y privado de sus títulos

(1) Talapat era una especie de paraguas usado en Siam. Habiendo sido traducida en inglés una descripción de aquel reino, escrita por M. de la Loubere, en la que se daban minuciosos pormenores sobre el talapat; y habiendo esta obra excitado alguna curiosidad, se hizo probablemente familiar la expresion talapat en aquel tiempo.

y honores. Nos miramos fijamente uno á otro: por fin Bolingbroke se sonrió. Debo decir que no obstante que en muchos puntos como hombre político era culpado, culpado no de ambicion, pues vale muy poco un hombre de Estado que no la tiene, sino de no haber ligado inseparablemente sus ideas ambiciosas con el bien de su pais, en vez de dirigir sus miras al bien de su partido (porque á pesar de todo cuanto se ha dicho de él su ambicion nunca fué egoista); no obstante, repito, que era culpado cuando la gloria le halagaba, era admirable cuando le amenazaba el peligro, y á la sombra de aquel Ciceron á quien tanto idolatraba, sabia ocultar ó desplegar su filosofia segun la ocasion oportuna y con mas arte que nadie. En la cena con una actriz, en los besamanos de una corte, en el gabinete de una beldad, en la lucha parla-

mentaria , en la intriga ministerial , no era posible observar en él la menor señal que descubriese al filósofo ; pero cuando era necesario , en la hora del dolor , en el dia del peligro , en la calma del destierro , y , lo que es peor , en el adormecimiento de la tranquilidad , mi extraordinario amigo desdoblaba poco á poco el manto de la filosofía , se envolvía en él , y con aspecto sereno desafiaba al mundo y pronunciaba los mas bellos discursos sobre la comodidad y lujo de la nueva vestimenta con que se habia ataviado. Esta especie de filosofía me recordaba el cuento árabe de la tienda encantada que unas veces podia guardarse en una cáscara de nuez , y otras cubria á todo un ejército.

Bolingbroke se sonrió y citó á Ciceron , y despues de una hora de conversacion , en que por su parte no dió la menor

señal por donde pudiera descubrirse que su vida estaba en peligro, vino á parar desde un sarcasmo lanzado contra Steele al exámen de los medios que debian adoptarse en el caso en que se hallaba. Seré breve sobre este punto. En toda aquella corta legislatura manifestó delicadeza y penetracion mas profundas que en toda su administracion anterior. Sostuvo con la mas incansable destreza el ánimo decaido de sus amigos. Sin dar un paso que pudiera atribuirse á deseos de contemporizar, procuró reconciliarse con el rey y granjearse la voluntad del parlamento. Con dignidad y prudencia que al paso que parecia superior á pequeñeces, estaba bien calculada para disipar las apariencias de desafecto al rey de que se le acusaba, asistió con sus talentos al monarca por quien estaba ya decidida su acusacion, y contribuyó á que se apro-

base la dotacion de la casa real mientras esperaba que se le formase causa.

Reunióse el nuevo parlamento y se dissiparon todas las dudas, decidiéndose que se formalizase acusacion contra el ministerio anterior. Estaba yo una mañana arreglando cuentas con mi abogadillo, cuando Bolingbroke entró en mi cuarto. Tomó una silla, me hizo seña de que no despidiese al abogado, entró en conversacion con nosotros, y cuando volvimos á tratar de nuestras cuentas, tomó un libro de canciones y estuvo entreteniéndose con él hasta que concluidos nuestros asuntos se retiró el leguleyo. Entonces, dijo con voz pausada y frunciendo lijera-mente el ceño:—¿No habeis estado nunca en París?

—No: á vos os tiene encantado esa bulliciosa ciudad.

—Sí, pero cuando estuve en ella la úl-

tima vez mi vanidad se vió tan lisonjeada, que no pude formar un juicio imparcial. Pero ahora dentro de pocos dias me hallaré en estado de formarle.

—¡Dentro de pocos dias!

—Sí, amigo conde: ¿eso os sorprende? Pues para mí será un acontecimiento extraordinario y maravilloso si veo que la hermosa *De Tencin* se me muestra tan favorable como antes, y si *tout le monde* (frase la mas escogida para cierta clase de personas) se levanta ahora para saludarme cuando entre en la ópera. ¿Pensais que un ministro caido puede tener la menor semejanza con un ministro en el ejercicio de sus funciones? Por *Gumdragon*, como tan eufónica y elegantemente dice ó jura nuestro amigo Swift, por *Gumdragon* no lo creo. ¿Qué mudó la naturaleza de Satanás despues de su caida? ¿Qué fué lo que le dió cuernos y rabo? Nada mas que

su desgracia. ¡ Oh ! ni los años , ni las enfermedades , ni el hambre , ni la peste alteran tanto al hombre como la pérdida del poder.

— Decís bien , ¿ pero qué debo deducir de vuestras palabras ? ¿ No hay ya remedio para nosotros ?

— ¡ Para nosotros ! Para mí solamente no le hay ; vos podeis quedaros aquí aunque sea toda la vida : yo me veo precisado á huir ; tengo que escojer entre un buque que me lleve á Calais ó un aposento en la Torre. He pensado al principio quedarme y defenderme ante los jueces ; pero sería locura. Hay gran diferencia entre Oxford y yo : Oxford tiene amigos , aunque está fuera del poder ; yo no tengo ninguno. Si le forman causa le absolverán ; si me la forman á mí y no me escapo , me encerrarán como un raton en la ratonera , y me tendrán veinte ó treinta

años, hasta que ya viejo y olvidado concluya mi prision con mi vida, ó bien me llevarán desde luego al cadalso. No, no, guardémonos para otra ocasion, y ya que me destierran quiero dejar las semillas de la buena causa que crezcan hasta mi vuelta. Cuerda y sábia política la de mis enemigos: *Frustra Cassium amovisti, si gliscere et vigere Brutorum emulos passurus es.* Pero no tengo tiempo que perder; adios, amigo mio; Dios os dé buena suerte; estas tempestades no pueden alcanzaros; la intolerancia que os priva de ejercitar vuestro genio os preserva al mismo tiempo del peligro de aplicarlo en provecho del pais. Bien sabe Dios que cualesquiera que hayan sido mis faltas, á la causa del pais he sacrificado lo que mas amo en el mundo, el estudio y los placeres. En la guerra por servir á mi patria, he servido hasta á mi enemigo Marlbo-

rough ; la paz de que disfrutra es obra mia , y por ella he tenido que sufrir acusaciones. No importa , soy

Fidens animi atque in utrumque paratus.

Abrazadme otra vez y adios.

—Esperad , le dije , no ireis solo. En realidad Francia es mi pais natal ; allí ví la primera luz ; no creo que se me pueda acriminar que vuelva á mi *natale solum*, y es un honor volver en compañía de Enrique de Saint John. No me digais que no ; mi pleito se ha concluido , mis papeles son pocos , el dinero es fácil de trasladar. Acordaos de la anécdota que me contásteis ayer acerca de Anaxagoras , el cual preguntado por su patria , levantó el dedo y señaló al cielo. Esta anécdota es tan aplicable á mi situacion como á la vuestra ; á mí por ser oscuro y sin nombre , á vos

por ser senador y hombre de Estado.

En vano Bolingbroke procuró disuadirme de esta resolución; era el único amigo que el destino me había dejado, y estaba decidido á no separarme de él en la desgracia. Al fin me abrazó tiernamente y consintió en lo que no podía impedir.—Pero no podeis, dijo, salir de Inglaterra mañana por la noche, y á mí no me es posible detenerme mas tiempo.

—Perdonad, respondí, cuanto mas breves sean los preparativos, mayor será la emocion, ¿y qué cosa en la vida hay comparable á esta?

—Es verdad, dijo Bolingbroke, para ciertos hombres de genio demasiado activo para ser felices, la excitacion puede compensarlo todo, puede compensar los años gastados y las esperanzas perdidas, el talento mal empleado y las pasiones no dominadas. Pero hablaremos filo-

sóficamente cuando tengamos mas tiempo para ello. Mañana comereis conmigo; despues iremos juntos al teatro (he prometido á la pobre Lucía verla allí y no puedo faltar á mi palabra), y una hora despues emprenderemos nuestra excursion á París. Y ahora voy á explicaros el plan que he formado para nuestra fuga.

CAPITULO IV.

*Los verdaderos actores viendo representar
á los falsos.*

El teatro estaba brillante aquella noche, y los palcos se hallaban completamente llenos. Todas las miradas se fijaron en lord Bolingbroke, que con su acostumbrada dignidad y gracia conversaba con los varios jóvenes elegantes que habian acudido á su palco.

—Mirad, dijo uno de ellos, hombre de singular belleza personal, mirad, mi lord, cuánto se sonrie la duquesa esta noche, y con qué aire de triunfo dirige á vuestro palco aquellos ojos que diz que fueron en sus tiempos tan hermosos.

—¡Ah! contestó Bolingbroke, S. E. me hace mucho honor; debo mostrarme re-

conocido á su cortesía. Y apoyándose sobre la barandilla esperó la ocasion de saludar á la duquesa de Marlborough, que se hallaba sentada en el palco de enfrente, y á la sazón dirigia la palabra con grandes muestras de viveza y alegría á un hombre alto y flaco que estaba á su lado. A poco rato llamó la duquesa la atencion de todos los que la rodeaban reconcentrando sus miradas en el ex-ministro. Entonces Bolingbroke con una sonrisa de dignidad y poniéndose la mano en el pecho, hizo una profunda reverencia. Lady Marlborough pareció un tanto confusa; pero le devolvió inmediatamente el cumplimiento con una leve inclinacion de cabeza, y siguió su conversacion.

—En verdad, milord, que habeis estado admirable, dijo el jovencillo que habia hablado primero. No hay recon-

vencion como aquella que va envuelta en una sonrisa y se presenta por medio de una cortesía.

—Celebro mucho, respondió Bolingbroke, que mi conducta tenga el grave apoyo del hijo de mi contrario político.

—¡Grave apoyo, milord! Estais equivocado: nunca deis el epíteto de grave á nada que pertenezca á Felipe Wharton. Pero hablando seriamente, ya he estado con vos el tiempo necesario para asustar á todos mis amigos, y ahora debo mostrar mi adorable rostro en otra parte del teatro. Conde Devereux ¿quereis venir conmigo á ver á la duquesa?

—¡Cómo! ¿Vais á ver á la duquesa inmediatamente despues de salir del palco de lord Bolingbroke? ¿Vais á hablar con los whigs despues de haber hablado con los torys? Eso es, amigo mio, poner á prueba vuestra serenidad con una impre-

sion tan fuerte como la que sentiriais si acabando de salir de un baño frio os metieseis en un baño caliente.

—Es cierto, ¿pero hay cosa mas deliciosa que exponerse á una prueba de la cual está uno seguro de salir triunfante, y á un cambio en que no se muda ni aun el color del rostro?

—Cuidado, milord, dijo Bolingbroke riéndose; es peligroso para un hombre como vos, en quien tienen puesta su esperanza dos grandes partidos, hablar con tanta libertad aunque sea en chanza.

—Por esa misma razon me chanceo. Quiero ser objeto de las esperanzas y temores de los hombres, ya que por mi desgracia, habiéndome casado á los catorce años, he dejado de inspirar ambas cosas á las mujeres. Pero cenareis conmigo en Bedford, vos, milord, y el conde.

—Y convidareis á Walpole, Addison y

Steele (1) para que nos hagan compañía; ¿eh? preguntó Bolingbroke. No, estamos convidados en otra parte; pero pronto nos veremos.

Y aquel jóven singular se despidió con una inclinacion de cabeza, desapareció, y un minuto despues estaba sentado al lado de la duquesa de Marlborough.

—Ese es un muchacho, dijo Bolingbroke, que á la edad de quince años tiene en su mano el ser el hombre mas eminente de su tiempo, y que en vez de esto, segun todas las probabilidades, será el mas extravagante. Un hombre terco está seguro de que obra bien; uno inconstante, ó antojadizo que es lo mismo, tiene tan poca fijeza aun en su elevacion, como el volante que arroja un niño por el aire. Pero mirad al palco de la derecha: ¿no es esa la hermosa lady Mary?

(1) Todos enemigos políticos de lord Bolingbroke.

—Sí, dijo Mr. Trefusis que estaba con nosotros; acaba de llegar á Londres. Dicen que ella y Ned Montague viven como dos tortolitas.

—¿De veras? preguntó lord Bolingbroke. Esos ojos vivos y animados no parece que tienen mucho de tórtola.

—¡Pero qué hermosa es! añadió Trefusis con aire de admiracion. ¡qué lástima que tan delicadas manos esten siempre tan sucias! Esto me recuerda (Trefusis gustaba de la murmuracion) la respuesta que dió á la anciana Mme. de Noailles que la hizo exactamente la misma observacion que yo hago ahora.—
¿Decís que están sucias mis manos? exclamó lady Mary mostrándoselas con la mas inocente *naiveté*: ¡ah madame, *si vous pouviez voir mes pieds!*

—*Fi donc*, dije volviendo el rostro á otro lado; ¿pero quién es aquel hombre

deforme y pequeñuelo, de ojos negros y brillantes que está á su lado?

—¿No le conocéis? dijo Bolingbroke; es un sol nascente á quien he aprendido ya á venerar; es el jóven autor del *Ensayo sobre la critica* y del *Rizo robado*. Ese poetilla nos eclipsa con las mujeres lo mismo que con los hombres. Mirad con que atencion le está escuchando Lady Mary, á pesar de que aquel caballero alto vestido de negro que en vano intenta atraer sus miradas, es tenido por el mas apuesto galan de todo Londres. ¡Ah el genio logra sonrisas de todas las mujeres escepto de la que llaman Fortuna! ¡Qué poco sospecha ese jóven poeta, en las primeras emociones de la lisonja y de la gloria, qué poco sospecha las contradicciones y los combates que le aguardan!

Ya estaba á punto de terminar la comedia. Lord Bolingbroke tomando un as-

pecto grave, llamó á su cuarto á uno de los principales actores y le encargó una comedia para la próxima semana; y apoyándose despues en mi brazo salió del teatro. Nos dimos prisa á llegar á su casa, nos pusimos nuestros disfraces, y sin que nos sucediera nada digno de recordarse, efectuamos nuestra fuga y desembarcamos sanos y salvos en Calais.

CAPITULO V.

Paris.—Una mujer y un eclesiástico dados á la política.—Otras muchas cosas.

El ex-ministro fué recibido tanto en Calais como en París del modo mas lisonjero: era en verdad el hombre que mas podia cautivar á los franceses. La belleza de su persona, la gracia de sus maneras, su consumado gusto en todas cosas, la variedad y viveza de su conversacion les encantaban. Ultimamente se ha hecho mas reservado y profundo, aun en el trato habitual, y ahora se fija la atencion en la solidez del diamante, así como en aquel tiempo deslumbraba demasiado para que nadie pudiera pensar en otra cosa mas que en su brillantez.

Mientras Bolingbroke recibia visitas

de hombres políticos, yo me ocupé en buscar á una tal Mme. de Balzac. El lector recordará que el sobre de la carta que Oswald me llevó á la quinta de Devereux estaba firmado por las iniciales C. D. B. Ahora bien, cuando Oswald desapareció despues de aquella terrible noche que no puedo recordar sin dolor, me vinieron á la memoria estas iniciales, y acordándome de que Oswald me habia dicho que eran las del nombre de una señora íntima amiga de mi padre, pregunté á mi madre si podia indicarme á que señora francesa podian tales letras aplicarse. Mi madre, con evidentes muestras de celos, pronunció el nombre de Mme. de Balzac, y á esta señora resolví dirigirme con la débil esperanza de saber de ella alguna cosa respecto á Oswald. No era difícil encontrar la casa donde vivia una persona que en aquellos tiempos habia hecho gran pa-

pel en la comedia del gran mundo. Habita todavía en París ¿dónde ha de habitar una francesa si tiene medios y puede disponer de sí?—Hay cien puertas, me decía un día la ingeniosa Mme. de Choisi, para entrar en París, pero solo dos para salir, el convento y (¡odiosa palabra!) el sepúlero.

Apresuréme á presentarme en el *hó-tel* de Mme. de Balzac. Hiciéronme atravesar tres magníficos salones hasta llegar á un aposento donde mis ojos creyeron ver un trono; despues habiéndolo mirado mas de cerca, descubrí que lo que me habia parecido trono era una cama. En un ancho sillón y junto á un mal fuego (estábamos en el mes de marzo) se hallaba sentada una mujer alta y hermosa, muy pintada, pero vestida de una manera que, por estar acostumbrado al refinamiento de la moda inglesa, me pareció

excesivamente sencilla. Por la mañana habia enviado á pedir permiso para visitarla, de modo que estaba preparada para mi visita. Levantóse, ofrecióme la megi-lla, me besó en la mia, derramó algunas lágrimas y en suma manifestó gran bondad para conmigo. Las viejas que han coqueteado con nuestros padres, siempre parece que tienen ciertas pretensiones á la propiedad de los hijos. Antes de que volviese á sentarse me estuvo mirando teniéndome á la distancia de su brazo.—Teneis el aire de familia de vuestro valiente padre, dijo con aire que indicaba que no habia quedado muy satisfecha del exámen; os pareceis á él, pero...

—Mme. de Balzac, querrá añadir, interrumpí yo concluyendo la frase que por *bienveillance* no habia ella concluido, madame de Balzac querrá añadir que no tengo tan buena presencia. Es cierto: mi pa-

dre me trasmitió su semejanza interior mas bien que exteriormente, y si no poseo el privilegio que él tenia de ser admirado, tengo á lo menos capacidad para admirar. Y dicho esto hice una reverencia.

Mme. de Balzac tomó tres grandes polvos de tabaco.—Muy bien dicho, exclamó con gravedad, muy bien, aunque en esto no os pareceis completamente á vuestro padre, que en toda su vida dirigió á nadie un cumplimento. Y advertiré de paso que estais vestido con esquisito gusto: no sabia que el pueblo inglés hubiese llegado á tal grado de perfeccion en las bellas artes. Vuestra cara es un poco larga. ¿Os gusta Racine? ¿Qué tal os parece París?

Todo esto fué dicho con aire grave y pausado: Mme. de Balzac no era de modo alguno persona viva ni alegre. Pertenecia á aquella escuela particular de

francesas que aparentaban cierta languidez, mucha seriedad, poco respeto á las formas cuando habian de usarlas con otros, y gran quijotismo cuando debian usarse con ellas. A esto se añadia que hablaba magistralmente sobre todas materias sin entusiasmarse jamás. Esta era la escuela á que pertenecia, pero tenia los rasgos característicos del individuo lo mismo que los de la especie. Era sutil, ambiciosa, muy apegada á las cosas de este mundo, no de génio áspero ni desagradable, orgullosa, un poco devota porque entonces era de moda el serlo, admiradora de la gloria militar y politica, intrigante y escudriñadora aunque sin talento.

— ¡París! dije respondiendo solamente á su última pregunta y no con mucho escrúpulo de faltar á la verdad, ¡París! ¿Es posible hablar de París sin concebir

los transportes que debe inspirar á una persona al entrar en él por primera vez? Pero yo tenia en verle mas interés que puede tener un extranjero cualquiera, porque deseaba ardientemente manifestar á la amiga de mi padre mi gratitud por la benovolenca que me manifestó en cierta ocasion.

—¡Ah! hablais de la carta en que os prevenia que os guardaseis del terrible Montreuil. Sí, creo que entonces os hice un servicio.

Y Mme. de Balzac me favoreció entonces contándome cómo habia obtenido la carta que me habia enviado, acompañando su historia con una multitud de anatemas contra los *atroces jésuites* y grandes elogios á su propio genio y virtudes. Luego que el decoro me lo permitió, puse término á esta conversacion tan interesante para ella y le pregunté si sa-

bia algo de Oswald ó podia indicarme algun medio de tener noticias suyas. Las preguntas claras y directas incomodaban mucho á Mme. de Balzac , y antes de responder á ellas acostumbraba á perderse en infinidad de rodeos y paréntesis. Pero al fin obtuve su respuesta que en nada me satisfizo. No habia vuelto á ver á Oswald ni oido hablar de él desde que le comisionó para entregarme la consabida carta. Preguntéla despues acerca del carácter de aquel hombre , y hallé que Mr. María Oswald tenia muy poco de que gloriarse en este punto. Sin embargo, por las noticias que Mme. de Balzac me dió, mas bien me pareció un tuno que un malvado ; y de dos ó tres historias que me refirió de su cobardia , saqué en consecuencia que era absolutamente incapaz de llevar á cabo un designio tan atrevido y bien combinado como el que se compla-

cian en atribuirle los que se tomaban la molestia de informarse de mis asuntos.

Por fin , no pudiendo saber mas respecto á Oswald , mudé de conversacion y hablé de Montreuil. Por lo mucho malo que Mme. de Balzac me dijo de él , vine á deducir que gozaba de gran reputacion en Francia y de mucho favor en la corte. Habia sido muy amigo del padre Lachaise y se hallaba á la sazón muy estimado de su sucesor el jesuita Le Tellier , el rígido y exagerado servidor de Loyola , soberano del mismo rey , destructor de Port-Royal , escarnio y terror al mismo tiempo de los anatematizados y perseguidos jansenistas. Supe ademas lo que ya sospechaba y con mucho fundamento , á saber , que Montreuil poseia la confianza del caballero y estaba haciendo grandes servicios á la casa de los Estuardos ; por último , supe que su reputacion se aumentaba dia-

riamente y que era tenido por tan gran santo como profundo político.

Luego que Mme. de Balzac concluyó de darme estas noticias, en su estilo propio y muy diferente del en que yo las he referido, me preguntó:—¿Pensais pedir una audiencia particular al rey?

—¿Cómo es posible que me la conceda á su edad y con tantos achaques?

—Debe concederla al hijo del mariscal Devereux.

—Tendré mucho gusto en recibir las instrucciones de Mme. de Balzac para conseguir este honor; su nombre será sin duda mejor salvo conducto para llegar hasta la real presencia, que el de un soldado que ya no existe; y el ceñidor de Venus podrá obtener la gracia que nunca se concedería á la clava de Marte.

El cumplimiento no podia ser mas

natural y oportuno. Mi Venus de cincuenta se sonrió.

—Etais en un error, conde, dijo; no tengo influencia en la corte; los jesuitas no permiten que la tenga un jansenista; pero hablaré hoy mismo al obispo de Frejus, que es amigo mio, y no tendrá dificultad en conseguir para vos este pequeño favor. Acaba de dejar su obispado; ya sabeis que le gustaba muy poco: nada me ha hecho reir mas que la firma que ponía en una carta al cardenal Quirini: *Fleuri, obispo de Frejus por la indignacion divina*. El rey no le quiere mucho; pero en el fondo es un buen hombre aunque jesuítico. El os presentará á S. M.

Manifesté mi gratitud por el favor, é insinué que las relaciones de la primera mujer de mi padre que, como he dicho, pertenecía á la antigua y noble casa de

a Tremouille, evitarían probablemente al obispo de Frejus la molestia de hablar en mi favor.

—Estais muy equivocado, contestó Mme. de Balzac, los eclesiásticos indican el camino de la corte lo mismo que el del cielo, y los guerreros y los nobles tienen tan poco que ver con el primero como con el último, esceptuando solamente al desgraciado duque de Villars, cuya mala fortuna es bastante para destruir todos los laureles de Francia. *Ma foi*, creo que el pobre duque puede rivalizar en suerte con aquel poeta italiano, que en un raptó de desesperacion decia:—«si hubiese aprendido á sombrero habrian nacido los niños sin cabeza.»

Y Mme. de Balzac estuvo riéndose del chiste, hasta que viendo yo que ninguna otra noticia podia sacar de ella, me despedí.

Los antiguos amigos de mi padre me colmaron de atenciones. La circunstancia de acompañar á Bolingbroke, unida á mi edad y á mis modales, que si no eran vivos y animados no dejaban de tener cierta gracia, adquirida á fuerza de estudio, me dieron una especie de *éclat* y de consideracion; y Bolingbroke, que solo tenia celos de los que le superaban en poder, y que en todo lo demas no tenia iguales, contribuyó grandemente á mi reputacion con sus panegíricos.

Todos me buscaban, y las atenciones de la sociedad de París merecian que se tomase uno un poco de molestia para recompensarlas. Tal vez si hubiera querido habria *hecho furor*; pero esta clase de vanidad se me habia concluido. Contentéme, pues, con penetrar en la sociedad como observador, sin el menor deseo de ser observado. Cuando ha pasado la am-

bicion de figurar, no hay cosa que aflija tanto como verse uno objeto de la atencion general; y el *Spectator* hizo lo que yo habria hecho en semejante caso euando se mudó de habitacion «porque le preguntaban todas las mañanas cómo habia pasado la noche.» La intermediacion de la corte, la devocion del rey, su edad y sus achaques estendian una nube de tristeza sobre la sociedad; pero habia algunos círculos escogidos en que el rey ya no era de moda, y en que las derrotas de sus generales eran el asunto principal de los epigramas. ¡Qué delicado y sutil aire reinaba en aquellas *soirées*, donde todas las personas elegantes y amables, nobles y brillantes, de agudo ingenio y de grande ilustracion se reunian en lucido conjunto! Aunque mis descripciones y recuerdos no pueden menos de ser imperfectos, creo que las pocas páginas que me

es dado dedicar á la descripción de tan animadas conversaciones, conservarán algo del delicado atractivo y original agudeza que no se encuentran en las reuniones de ninguna otra capital.

Una mañana, ocho días después de mi entrevista con Mme. de Balzac, recibí un billete suyo invitándome á visitarla aquella misma tarde á la hora que me indicaba.

Pasé á su casa cumpliendo con el deber que imponía la política, y la encontré con un hombre vestido de eclesiástico y de continente grave y amable. Presentóme á él diciéndome que era el obispo de Frejus, y su Illma. me recibió con un aire nada común entre sus paisanos, es decir, con un desembarazo que parecía mas bien resultado de un buen natural que de su estudio y artificio.

—Tendré una satisfacción, dijo sin la

menor apariencia de que tratase de dirigirme un cumplimiento, tendré una satisfaccion en hacer presente vuestros deseos al rey; y no dudo que S. M. admitirá con mucho gusto á su presencia á una persona que, por ser hijo de quien es, tiene tantos títulos á su aprecio. Por de pronto Mme. de Maintenon me ha dado el encargo de presentaros á ella cuando tengais una oportunidad. Conoció mucho á vuestra admirable madre, y en consideracion á ella quiere veros. Tal vez sabreis que el excesivo retiro en que vive Mme. de Maintenon, hace que un mensaje de su parte sea un honor raro y desusado.

Dí las gracias; el obispo las recibió con aire paternal mas bien que cortesano, y me indicó el dia en que debia acompañarle á palacio. Despues estuvimos hablando un rato sobre materias indiferentes, cuidando especialmente el buen

obispo de que no se tocase ningun punto de política francesa. Hízome, sin embargo, dos ó tres preguntas sobre el estado de los partidos en Inglaterra, sobre la hacienda y la deuda nacional, sobre Ormond y Oxford, y pareció escuchar con la mayor atencion mis respuestas, sonriéndose una ó dos veces cuando Mme. de Balzac interrumpia la conversacion con sarcasmos contra los jesuitas, que nada tenian que ver con el asunto de que se trataba.

—Ah, *ma chère cousine*, dijo, mucho me lisonjeais mostrándome que no me estimais como hombre político sino como amigo particular, no como obispo de Fregus, sino como Andrés de Fleuri.

Mme. de Balzac se sonrió y respondió con un cumplimiento. Era política en provecho del reino; pero tambien lo era en provecho suyo. Estaba muy lejos de

esclamar con Píndaro: «Prefiero, oh ciudad mia, tu bien al mio propio.» Hay gran distincion entre la política de estado y la política del individuo: la primera es el arte de ser cuerdo en beneficio de los demas; la segunda el arte de serlo en beneficio de uno mismo.

De casa de Mme. de Balzac pasé á la de Bolingbroke.—Acaban de ofrecermel destino de secretario de Estado de parte *del rey de Inglaterra que habita la Francia*, dijo; pero no me agrada comprometerme tanto, y ademas quiero tener un poco de descanso y entregarme al placer por algun tiempo, despues de las duras y penosas tareas del gobierno. ¿Qué decis del proyecto de visitar á Boulainvilliers esta noche? ¿Estais convidado?

—Sí: allí se reunirán todos los ingenios de París. Antonio Hamilton y Fontenelle, el jóven Arouet y el amable an-

ciano Chaulieu. Vamos y echemos una cana fuera. El ingenio es para el alma lo que los cosméticos son para el rostro, y sobre todo no hay arte como aquel que nos enseña á olvidar.

—Vamos, pues, dijo Bolingbroke levantándose, guardaremos estos papeles y nos iremos por el camino mas triste para gozar luego mas.

CAPITULO VI.

*Una reunion de ingenios.—Conversacion
y cena como pocas.*

¡Boulainvilliers! ¡conde de Saint Saire!
¿Qué pensarán nuestros biznietos de este nombre? La fama es ciertamente un enigma. En la época á que me refiero, el talento, la instruccion, la gracia, todos los atractivos del ingenio y del saber estaban simbolizados en esta palabra *Boulainvilliers*. El buen conde tenia en verdad muchos rivales, pero poseia el esquisito tacto, peculiar á sus paisanos, de hacer que la reputacion de sus émulos contribuyese á aumentar la suya propia; y cuando los reunia á su lado, el resplandor de sus *bons mots*, aunque emanaba de ellos, reflejaba en él.

Estaba bien adornada, aunque no con

gran lujo , la habitacion en que encontramos á nuestro huesped , y la reunion era bastante numerosa para proporcionar objeto de observacion y variedad de asuntos á un grupo de interlocutores , sin serlo tanto que pudiesen formarse aquella especie de pandillas que son la destruccion de toda sociedad literaria. Un anciano como de setenta años , de aire gracioso y burlon aunque cortés y amable, y de maneras vivas y joviales que de cuando en cuando formaban un notable contraste con la súbita apariencia de dignidad que tomaba; hombre que, sin embargo, pocas veces se detenia á hablar con uno mas de un minuto , y nunca aguardaba á ver el efecto de un *bon mot*, fué el primero que se llegó á nosotros.

—¿ Qué os parecen los aires de París, milord? dijo dirigiendo la palabra á Bolingbroke. Son un poco mejores que los

cruelles aires de Londres: ¿no es así? ¡Pardiez! ni aun en junio puede uno ir desabrigado en esas regiones de resfriados y catarros. Permitidme que os diga, mi lord, que se espondria á una desgracia el que teniendo el pecho cubierto de fina batista quisiera descubrir los recóndidos secretos del corazon de una mujer, poniendo su propio seno al descubierto.

—Es la primera vez, contestó Bolingbroke, que oigo decir con seriedad á un cortesano tan cumplido como el conde Hamilton, que no se atreve á descubrir su pecho.

—¡Ah! exclamó Boulainvilliers, la vanidad hace al hombre descubrir lo que la discrecion le manda ocultar.

—*Au diable* con vuestra discrecion, repuso Hamilton; la discrecion es una virtud vulgar. La vanidad es la cualidad verdaderamente aristocrática y la que

por todos conceptos conviene á un caballero. ¿Habria yo sido famoso por mis esquisitos encajes y mis camisas de batista si no hubiese sido vanidoso? No, *mon cher*; me habria tenido que meter en un convento y vestir de sayal, y en vez del conde Antonio habria sido *San Antonio*.

—Creo, dijo Bolingbroke, que tanto motivo hay para tener vanidad vestido de sayal, como vestido de batista. Pero, *monsieur Chaulieu*, advierto que gozais de una salud asombrosa. Veo que el mirto corona con sus verdes ramas no solo vuestra poesía, sino á vos tambien; y es justo que el moderno Anacreonte (1) que ha dejado al tiempo un tesoro inolvida-

(1) Chaulieu supo combinar en sus versos la filosofía con la voluptuosidad y los goces de la vida con el pensamiento del sepúlcro. Por esto y por haber conservado hasta una edad muy avanzada las ilusiones de la juventud, fué llamado por Voltaire *el moderno Anacreonte*.
(N. del T.)

ble , reciba del tiempo su recompensa.

—Milord , respondió Chaulieu , anciano que aunque pasaba de los setenta , manifestaba tanto en su aspecto como en sus maneras , una viveza y lozanía que habrían hecho honor á un jóven : milord , el emperador Juliano decia que la justicia detenía á las gracias en su vestibulo . Yo veo ahora que en vez de justicia debería haber dicho talento .

—Vamos , dijo Hamilton , basta de cumplimientos que son la cosa mas fastidiosa que puede imaginarse . Por Dios , señores , dejemos los panegíricos á los necios y digámonos uno á otro algo que nos amargue ; si no , nos vamos á morir de tedio .

—*Vous avez raison* , dijo Boulainvilliers ; elijamos al pobre diablo con quien hemos de empezar ¿ Ha de ser de los ausentes ó de los presentes ?

—De los ausentes, de los ausentes, exclamó Chaulieu; es mucho mas agradable calumniar que satirizar. Comencemos por S. M. ¿Habeis visto, conde Devereux, á Mme. de Maintenon y á su devoto pupilo?

—No; hay que rogar á los curas antes de que se haga patente el milagro.

—¡Como! dijo Chaulieu, eso es decir que la piedad de S. M. es un verdadero milagro.

—¡Imposible! añadió Boulainvilliers con gravedad, la piedad es tan natural en los reyes como la adulacion en los cortesanos: ¿no dicen que los reyes son la imagen de Dios?

—Si eso fuera cierto, dijo Hamilton en tono no muy respetuoso, si eso fuera cierto, dejaría de negar la posibilidad del ateismo.

—¡Oh! conde Hamilton, exclamó un

anciano en quien reconocí al gran Huet: el génio debe saber usar de sus alas; su mision es elevarse sobre la tierra pero no sobre el cielo.

—Nadie mas competente para decir cual *no* es la mision del génio que el padre Huet, contestó Hamilton con aire burlesco de respeto.

—;Pshe! repuso Chauvieu, ya me figuré yo cuando soltamos la rienda á la sátira, que habriamos de emplearla unos contra otros; mas para moderar la acritud de ese epígrama que os ha lanzado Hamilton, mi querido Huet, permitidme que pregunte á milord Bolingbroke si es posible que Inglaterra produzca jamás un literato capaz de escribir en veinte años notas para sesenta y dos tomos de clásicos (1) y esto para un príncipe que en toda su vida leyó de ellos una sola línea.

(1) Los destinados para el Delfin.

—En Inglaterra tenemos algunos literatos, contestó Bolingbroke, pero ciertamente no tenemos un Huet. Es extraño, pero no deja de ser cierto, que la literatura se parece á un círculo que cuanto mas leve tanto mas estenso es. Hay en nuestros dias muchos hombres capaces de leer comentarios, pero muy pocos capaces de escribirlos.

—Es indudable, respondió Huet. La literatura que antes era la mas difícil empresa del génio, ha llegado á ser ahora, gracias á las tareas de los primeros navegantes en este piélago, una especie de viaje de placer que hacen todos con facilidad. ¿Pero qué comparacion hay entre los grandes hombres que probaron no solamente su ardor venciendo las dificultades, sino su paciencia y su valor, compañeros inseparables del verdadero triunfo, y los indolentes literatos de nuestros

días que con poca dificultad para conquistar no tienen gloria ninguna que adquirir? Por mi parte me parece que hay la misma diferencia entre un literato de los tiempos actuales y otro de los pasados tiempos, que entre Cristoval Colon y el patron del buque que hace la travesía de Calais á Dover.

—Pero, exclamó Hamilton tomando un polvo con el aire de un hombre que vá á decir una gran cosa, ¿qué tenemos que ver nosotros, nosotros genios del mundo, y no duendes de gabinete (y al decir esto miró con intencion á Huet) qué tenemos que ver con la literatura? De nuestras lenguas salen con facilidad todas las aguas de Castalia que necesitamos para humedecer nuestros cerebros.

—¿Quereis decir que la única cualidad de nuestro entendimiento que se aprecia es la de saber hablar?

—Precisamente, mi querido conde, dijo Hamilton con seriedad; y á esta máxima añadiré otra aplicable al bello sexo. Lo único que una mujer aprecia en el corazón de un hombre, es la cantidad de amor que hay en él.

—¿Y no aprecia la generosidad, el valor y el honor? exclamó Chaulieu.

—No, porque si sois amante apasionado creará que teneis todas esas virtudes, y si no lo sois no os concederá ninguna.

—¡Ah! el amigo y biógrafo del conde Grammont aprendió el arte de amar en una gran escuela, dijo Bolingbroke.

—Así lo creíamos en aquel tiempo, milord; pero en el modo de hacer el amor hay tantos cambios como en el modo de vestir. Hacedme el honor, conde Devereux, de tomar un polvo en mi caja y despues mirad la tapa.

—Está adornada con el retrato de Carlos II, ¿no es así?

—No, conde Devereux, son los diamantes los que la adornan. El rostro de S. M. era muy hermoso cuando vivía, pero ahora le tengo por la más fea facha que he visto nunca. Os llamaba la atención hacia ese retrato porque estábamos hablando de amor y el viejo Rowley se tenía por más maestro que nadie en esta materia. Todos los cortesanos tenían la misma opinión de sí mismos; y me atrevo á decir que los *beaux garçons* del tiempo de la reina Ana, se figuran que los del tiempo del rey Carlos no sabían lo que era amor. ¡Oh! el amor tiene extrañas revoluciones; cambia siempre como la tierra sin mudar por eso de esencia.

—*L'amour, l'amour, toujours l'amour*; el conde Hamilton no sabe hablar de otra cosa, dijo Boulainvilliers. Siempre tra-

tando del mismo asunto y *sacre bleu!* cuando jóvenes dicen que era como Caco, hijo de Vulcano, que no respiraba sino llamas.

—Me adulais, dijo Hamilton. Resolvedme ahora un dificultoso enigma, mi lord Bolingbroke. ¿Por qué es para un joven el mayor cumplimiento que le crean cuerdo, al paso que para un viejo consiste en que le digan que ha sido calavera?

—¡Pues qué! ¿es el amor una calaverada? dijo lord Bolingbroke.

—¿Quién lo duda? repuso Hamilton; el amor hace al hombre pensar en otra persona mas que en sí mismo; y no sé que haya prueba mas grande de locura.

—¡Ah! *mon aimable ami*, exclamó Chaulieu; sois el mas perverso de todos los hombres chistosos que conozco; pero

no puede menos de agradarme vuestro lenguaje aunque me desagradan vuestros sentimientos.

—Mi lenguaje es mio propio, al paso que mis sentimientos son los de todos los hombres, contestó Hamilton; pero entre paréntesis ¿no viene esta noche el joven Arouet? ¡Qué muchacho tan apreciable!

—Sí, dijo Boulainvilliers; pero dijo que vendria tarde; espero tambien á Fontenelle, pero este no vendrá hasta que sea hora de cenar. Esta mañana le encontré hablando con mi cocinero y explicándole el arte de aderezar los espárragos. El otro dia le pregunté cual era el escritor antiguo ó moderno cuya lectura le habia causado mas placer. Despues de reflexionar un rato, me dijo:—Dafno. —¡Dafno! le repliqué: ¿quién diablos es Dafno?—¡Oh! respondió Fontenelle der-

ramando lágrimas de gratitud, habeis de saber que se me habia metido en la cabeza la desconsoladora idea de que el cenar era mal sano; pues bien, Dafno, que es un antiguo médico, asegura lo contrario y declara, mirad amigo mio que hermosa teoría, declara que la luna contribuye mucho á la buena digestion.

—Ha! ha! ha! exclamó Chaulieu. ¡Cómo me gusta Fontenelle! ¿qué criatura tan original! Es el hombre mas bonachon y al mismo tiempo mas insensible que he conocido. Veamos si Hamilton puede hacer de él una descripción mas exacta.

Iba á responder el amigo del *valeroso Grammont* cuando se presentó en la sala un jóven con *le* 21 años.

Era este jóven alto y delgado, de maneras un tanto afectadas que no sentaban mal á su semblante afable; y aunque fué recibido por los ancianos con gran cor-

dialidad y bajo un pie de igualdad completa, se notaba en él cierta pretension á tomar el tono altivo de las personas de alto nacimiento, sin poder no obstante conseguirlo. Esto tal vez era debido á la ordinaria inexperiencia de la juventud que, si no es groseramente modesta, es por lo general grosera en su atrevimiento. Mas cualquiera que fuese la causa de aquella expresion de su rostro, luego que entró en conversacion se desvaneció. No he visto hombre de lenguaje mas fácil y brillante. Usaba muy poco de las alusiones estudiadas, de las antítesis, de las clásicas metáforas que caracterizan principalmente á los ingenios de mi tiempo. Por el contrario tenia cierta candorosa y natural sencillez que daba á su conversacion irresistible atractivo; y aunque no he tenido escrúpulo en trasladar á estas páginas alguna débil imita-

cion del diálogo peculiar á otros hombres eminentes, me reconozco absolutamente incapaz de dar la menor idea del método que usaba Arouet para dar una gracia imponderable á sus palabras. Contentándome por tanto con describir su persona, interesante por ser del literato mas notable que he tenido la suerte de encontrar, omitiré su parte en lo restante de la conversacion que estoy bosquejando, y rogaré al lector que recuerde el pasaje de Tácito en que este gran historiador dice que en los funerales de Junia «las imágenes de Bruto y Casio brillaban sobre todas las demas por la sola circunstancia de ser las únicas escluidas de la ceremonia.»

El aspecto, pues, de Francisco María Arouet (despues tan célebre bajo el nombre de Voltaire) era ordinario, considerada cada faccion de por sí; pero singular-

mente notable consideradas estas en su conjunto. Su viveza era la perfeccion de lo que Steele llamó en una ocasion *elocuencia fisionómica*. Sus ojos eran azules, de miradas mas altivas que brillantes, y tan inquietas, que nunca estaban fijas en un mismo sitio; su boca era á la vez la peor y la mas notable de sus facciones; anunciaba gracia, es cierto, pero tambien anunciaba malignidad, y no se sonreia sin cierta expresion de sarcasmo. Sus palabras contra los ausentes, aunque eran lisonjeras para los presentes, pronunciadas con la amargura propia de aquella boca y de aquellos lábios desdeñosos, mezclaban con el placer que producian sus chistes cierto temor á su mordacidad; y creo que no hay uno por atrevido, sereno é inmaculado que sea, que pudiese estar una hora con aquel hombre sin experimentar este temor, pues nadie puede

ser testigo de pullas tan punzantes, y al parecer tan verdaderas, de epigramas tan atrevidos y al parecer tan justos, tan brillantes, que al tocar en el blanco con aparente pero terrible lijereza, quemaban el sitio en que tocaban, dejando en él grabada una marca indeleble y perpétua; nadie, repito, puede ser testigo de semejantes epigramas lanzados contra otros sin temer por su propia seguridad. La misma lijereza y volubilidad de su autor parecia mas peligrosa que un sistema conocido y constante de amarga sátira, porque de aquella nadie desconfiaba como de este. Bolingbroke comparaba, no sin razon, á Arouet con un niño que poseyese los rayos de Júpiter, y que emplease para sus juegos las armas que los dioses solo emplean en sus iras.

La frente de Arouet no era notable por su elevacion; pero sí ancha y bien

formada, y con cierta expresion de hon-
dad que contrastaba con la de la boca.
Aunque tan jóven, tenia ya una arruga
en la frente y una prominencia en las ce-
jas que denotaban que los chistes y agu-
dezas de su conversacion estaban, si no
gobernados, á lo menos contenidos por
cualidades de mas importante y elevada
naturaleza. En la actualidad este hombre
ocupa un trono eminente entre las poten-
cias del mundo literario. En vano es pro-
nosticar lo que puede ser todavia : puede
ser todo lo que es grande y bueno, ó vice
versa ; pero creo que su carrera aun no
ha hecho mas que empezar. Hombres se-
mejantes nacen monarcas de la intelligen-
cia, y pueden ser sus bienhechores ó sus
tiranos ; en ambos casos son mas grandes
que los reyes de la tierra, porque desafian
á los ejércitos y se rien de las intrigas de
estado, siendo su voluntad la balanza de

su poder, la ley de su gobierno y el límite de su reino.

Nos sentamos á cenar.— Conde Hamilton, dijo Boulainvilliers, ¿no se os ocurre algo que decir de tanta gente vieja? Escepto Arouet, milord Bolingbroke y el conde Devereux, apenas hay aquí uno que baje de setenta. ¿Dónde, sino en París, se encuentran *bons vivans* de nuestra edad? ¡*Vivent la joie, la bagatelle, l'amour!*

—*Et le vin de Champagne*, dijo Chau-lieu llenando su vaso. ¿Pero qué tiene de particular nuestra alegría? Filemon el poeta cómico se reía á les noventa y siete; ¡ojalá que todos podamos hacer lo mismo!

—Olvidais, dijo Bolingbroke, que Filemon murió de risa.

—Sí, repuso Hamilton; pero si mal no recuerdo fué de ver á un asno comer hi-

gos. Juremos por tanto no acompañarnos nunca con asnos.

—¡Bravo! conde, añadió Boulainvilliers, habeis puesto al cuento la verdadera moral que lo conviene. Juremos por los manes de Filemon no reirnos jamás de las chanzas de un asno, ya sean prácticas, ya verbales.

—Entonces no nos vamos á reir nunca, dijo Chaulieu, sino cuando estemos con alguno de los de la reunion. ¡Oh! prefiero correr el riesgo de morir prematuramente á los noventa y siete, á consentir en semejante juramento.

—¡Fontenelle! gritó nuestro huesped, estais triste: ¿qué teneis?

—Deploro las debilidades humanas, contestó Fontenelle con aire de patriarcal filantropía. Tres veces he dicho á vuestro cocinero el modo de componer los espárragos; pues bien, probadlos... Le encar-

gué que no echara mucha azucar y no ha puesto ninguna. Estos son los hombres; siempre en los extremos y por consiguiente, siempre en el error. Por eso dijo Lutero con mucha verdad, que el hombre es como un borracho á caballo, que se inclina á un lado y cae del otro.

—¡Ha! ha! ha! exclamó Chaulieu, *le pauvre secrétaire de l' Académie des Sciences!* ¿Quién hubiera pensado que podia encontrarse tanta moralidad en un plato de espárragos? Probad de este *salsifis*.

—Decidme, Hamilton, preguntó Huet ¿qué retruécano dirigisteis ayer á madame de Epernonville, que fué tan aplaudido?

—Repetidle, conde, repetidle, prosiguió Boulainvilliers; es lo mas clásico que he oido desde mucho tiempo.

—Pues señor, dijo Hamilton dejando

á un lado el cuchillo y el tenedor y preparándose con un gran trago de champaña; pues señor, madame de Epernonville se presentó sin su *torre*: ya sabeis, milord Bolingbroke, que *torre* es la palabra con que se designa políticamente el pelo postizo—; *Ah sacre!* gritó su hermano cortesmente, que fea estais hoy, hermana: no traéis vuestra *torre*.—*Voila pour-quoi elle n'est pas si belle (Cybele)* respondió yo.

—¡Excelente! ¡famoso! gritamos todos, menos Huet que parecia mirar con disgusto al autor del retruécano. Hamilton lo advirtió.—¿No cree monsieur Huet, dijo, que este *jeu de mots* es una prueba de ingenio, ó es que el ingenio no le causa admiracion?

—Sí, el ingenio me causa la misma admiracion que el viento, respondió Huet: cuando mece las hojas de los árboles es

ligero y suave; cuando arruga la superficie de las olas es refrigerante; cuando juguetea con las flores es delicioso; pero cuando silba al pasar por el agujero de una cerradura, preciso es reconocer, monsieur Hamilton, que es desagradable.

—Ese es el peor comentario que he oído, dijo Hamilton con frialdad. Volved á vuestros clásicos, amigo mio. Cuando Júpiter crió á Pedro Huet, hizo con su ingenio lo que el mismo Pedro Huet hizo con Lucano al dar á luz los clásicos; es decir que temiendo el mal que podía causar le excluyó de su obra.

—¡Bebamos! dijo Chaulieu ¡bebamos! y la conversacion tomó otro giro.

—¿Qué pensais de Tácito, Huet? dijo Boulainvilliers.

—Que su ciencia procedia de su malignidad, respondió Huet. Conoce per-

fectamente los vicios de los hombres; pero no sabe una palabra acerca de sus virtudes. ¿Pensais que un hombre bueno pueda insistir tanto en la pintura del mal? Yo creo que no. No se puede escribir mucho y bien sobre la virtud sin ser virtuoso, ni entrar á examinar profunda y minuciosamente las causas del vicio sin estar contaminado (1).

—Cierto, dijo Hamilton, y vuestra observacion, aunque aparenta ser tan profunda, no es mas que un corolario natural de la máxima vulgar: «la esperiencia es la madre de la ciencia.»

—Pues yo, añadió Boulainvilliers, creo que Tácito no se ocupa tan constantemente como vos decís en analizar el vicio. Mirad á Agrícola y la Germania.

—¡Oh, la Germania sobre todo! gritó

(1) Espero que el lector convendrá conmigo en que esta observacion no es exacta.

Hamilton, y en su prisa por hablar dejó caer un magnífico trozo de jabalí que iba á llevar á la boca. Boulainvilliers pondera al historiador en su historia de los germanos, porque habla del origen del sistema feudal, de esa institucion admirable y escelente que, segun el conde de Boulainvilliers es *le chef d'œuvre* del espíritu humano, y cuya falta deplora el mismo personaje en los términos mas patéticos, sintiendo que los señores no puedan ya alimentarse con *gros morceaux de bœuf demi-cru*, ahorcar á sus colonos *pour encourager les autres* y robar las hijas del difunto *pour leur donner quelque consolation*.

—Pues hablando con seriedad, dijo el anciano Chaulieu con ojos centellantes, la última de esas maldades no dejaba de tener algo de bueno.

—Sí, dijo Hamilton, si fueran solo las

hijas.... Pero á veces el señor no era demasiado escrupuloso respecto á las mujeres.

—¡ Ah, eso es horrible! exclamó Chau-
lieu en tono solemne. El adulterio es ciertamente un crimen atroz. En este punto soy de la opinion de aquel honrado predicador que decia: «El adulterio, hijos mios, es el mas negro de los crímenes: yo por mi parte declaro que mas quisiera hacerme amar de diez doncellas, que de una sola mujer casada.»

Todos nos reimos al oir aquel entusiasta arrebatado de virtud del casto Chau-
lieu. Despues Arouet hizo recaer la conversacion sobre las disensiones religiosas entre los jesuitas y los jansenistas que entonces tenian agitado el reino. Bolingbroke tomó parte en la cuestion, é hizo una descripcion magnífica y significativa de todas aquellas disputas, en que á la

satisfacción de bastardas pasiones, se llama celo por la buena causa, y en que probamos hasta la evidencia la intensidad de nuestro amor á Dios mostrando la deliciosa animosidad con que aborrecemos al prójimo. Unos y otros, dijo Bolingbroke, se parecen á las nodrizas de Júpiter, cuyo clamoreo se dirigia solamente á impedir que se oyese la voz de su Dios.

—¡Bravísimo! exclamó Hamilton: ¿no es una lástima, señores, que milord Bolingbroke no sea francés? Tiene imaginacion bastante viva para serlo.

—Si fuese capaz de beber un poco mas lo sería, dijo Chaulieu, que en este punto nos estaba dando á todos un glorioso ejemplo.

—¿Qué decís á eso, Morton? me preguntó Bolingbroke: ¿debemos beber con estos caballeros hasta dejarlos debajo de la mesa en honor de nuestro pais?

—¿Un desafío? gritó Chaulieu: yo
marcho el primero al campo.

—Victoria ó muerte, repuso Boling-
broke. Y al culto de Minerva sucedió el
de Baco.

CAPITULO VIII.

La corte, los cortesanos y el rey.

Dos dias despues de esta *fiesta de razon* , Bolingbroke juzgó oportuno retirarse á Lyon para reflexionar maduramente sobre la conducta que debia seguir en las circunstancias en que se hallaba. Nos despedimos afectuosamente; pero antes de separarnos y despues de haber discutido sus proyectos de ambicion, hablamos un poco de los míos. Aunque yo era católico y discípulo de Montreuil, aunque habia nacido en Inglaterra y nada tenia que esperar de la casa de Hannover, no me sentia de modo alguno dispuesto en favor del Caballero ni de su causa. Esta confesion no parecerá tal vez extraña á los ingleses del próximo siglo;

pero sí á los del presente, que creen que católico romano y partidario de la superstición y de la tiranía, son palabras que significan la misma cosa; como si nosotros no pudiésemos murmurar de las cargas y contribuciones, de la inseguridad de nuestras propiedades, de lo arbitrario de nuestra legislación, lo mismo que cualquiera otra comunión cristiana. No, nunca fuí partidario de los Estuardos, desgraciados y todo, y por tanto dignos de interés como eran, porque por una estúpida, y sin embargo irresistible, confusión de ideas, confundía su causa con la de Montrenil, y aborrecía á este último lo bastante para no querer al primero. Creo que todos los partidos se forman del mismo modo. Confesé, pues, francamente á Bolingbroke mi ninguna afición al Caballero.

—Aquí para entre los dos, me contes-

tó, hay muy poco en la causa de Jacobo III que pueda halagar á un hombre cuerdo que se halle en vuestra situacion. Yo os aconsejaría que os aprovechaseis de la reputacion de vuestro padre en la corte para entrar al servicio de Francia. En Inglaterra las cosas presentan mal aspecto para vos, y bueno en cualquiera otra parte.

—Ya he considerado, dije, las ventajas de entrar al servicio del rey Luis; pero es viejo y no puede vivir mucho. Ahora los partidos son los que tienen influjo, no el rey. ¿Qué partido os parece el mejor? ¿el de Mme. de Maintenon?

—No, creo que no: Mme. de Maintenon es una amiga poco servicial y nunca pide favores á Luis para ninguno de los suyos. Atrevimiento sería adheriros al partido de la duquesa de Orleans. Está á matar con la Maintenon, es de genio

violento y altanero; pero tiene talento, travesura y carácter, y servirá con celo á la persona de alto nacimiento que procure agradarla. Sin embargo, no puede hacer nada por vos hasta que muera el rey, y aun esto en el caso de que suba al poder su hijo el duque.... Veamos; decís que Fleuri, el obispo de Frejus os va á presentar á Mme. de Maintenon?

—Sí, pasado mañana es el dia señalado para ello.

—Bien, entonces haceos amigo suyo; no os costará dificultad: tiene buenos modales, y si podeis hallarle el flaco no necesitais mas para ganar su confianza. Fleuri no es hombre brillante, ni de mucho genio; pero es una de esas personas amables é insinuantes, que en crisis como la actual, cuando luchan los partidos y los príncipes, se introducen sin dificultad en todas partes y se calzan sin

saber como con los mejores destinos. Haced amistad con él, en eso no errareis; sin embargo, es necesario tener presente que no se halla muy bien quisto del rey; por tanto, no vayais dos veces en su compañía á Versailles. Sobre todo, cuando os halleis en presencia de Luis no olvidéis que el mejor medio de agradarle es manifestarse sobrecogido de respetuoso temor.

Tales fueron los consejos que Bolingbroke me dió al marchar. El dia señalado el obispo de Frejus me llevó consigo á Versailles. Mientras caminábamos poco á poco en su coche tuve tiempo para conversar con aquel personaje, que despues bajo el título de cardenal Fleuri se ha elevado á tan alta esfera de poder. Tiene ciertamente muy poco de lo que distingue á los grandes hombres; pero en el juego de honores que se juega en las cór-

tes, el triunfo depende mas bien del carácter de la persona que de su talento. Burlóse con gracia y delicadeza de la mania política de Mme. de Balzac, y dijo que las declamaciones del partido vencido nunca debian agraviar al partido vencedor. Mudando despues de conversacion me preguntó acerca de las reuniones á que habia asistido. Describíle el banquete de Boulainvilliers y oyó con interés mi descripcion, manifestando mas sutil malicia de la que yo hubiera creído al hablarme de los diversos caracteres de los literatos del dia. Despues de algunas frases generales acerca de las obras de arena literatura, suscitó con maña la conversacion sobre las de la ciencia del gobierno, y entonces pude penetrar, aunque de paso, en las profundidades de su política. Ví que aunque aparentaba mirar con indiferencia las dificultades y

obstáculos del gobierno, no perdía ocasión de informarse minuciosamente de ellas, y la conversacion, en que era muy diestro, le servia de medio para adquirir los conocimientos que no tenia bastante fuerza de alma para crear ó para obtener leyendo los escritos de otros. Si de este modo aprendió muy superficialmente la ciencia de estado, tambien la aprendió pronto, y no he visto un ministro á quien le haya costado menos trabajo saber su oficio (1).

Al acercarnos al término de nuestro viaje hablamos del rey. Sobre este punto se expresó con mucha cautela; sin em-

(1) A su muerte apareció el siguiente epígrama, para cuya mejor inteligencia debe recordar el lector que la palabra francesa *fleur* significa florido. El epígrama decia así:

Floruit sine fructu
Defloruit sine luctu.

bargo, á pesar de su sagacidad pude deducir de lo que me dijo que habia ya llegado el caso de aprovechar en cuanto se pudiese las relaciones con Mme. de Maintenon, y que era tan difícil adivinar á qué manos iría á parar el poder despues de la muerte del rey, que la inmovilidad y el silencio eran por entonces la mejor y mas profunda política.

Al apearnos del carruaje y al poner el pie por primera vez en aquel palacio, los recuerdos á que estaba unido aquel sitio me causaron involuntariamente grande impresion. En el recinto de aquella poderosa corte se habian visto reunidos en brillante foco todos los rayos del genio que el espacio de medio siglo habia producido; aquella era la corte que desde la aurora de la civilizacion habia subido de improviso á la plenitud de la gloria; la corte de Condé y de Turena,

de Villars y de Tourville; la corte donde sobre el ingenio de Grammont, la prodigalidad de Fouquet, el genio fatal de Louvois (fatal á la humanidad y á Francia), el amor, el verdadero amor no habia tenido á menos mostrar su sinceridad y eficacia, y santificar las vanidades de la regia pompa con la ternura, la belleza y el arrepentimiento de Mme. La Vallière. Y todavia dominaba sobre aquella escena el encanto del genio, que si bien artificial y frio, era asimismo vasto y magnífico; genio que habia dado pompa á la rica música de Racine, elevacion al noble espíritu y libre pensamiento de Pedro Corneille, agudeza á las pulidas armas de Boileau, viveza á las brillantes páginas de Molière.... de Molière, el mas admirable de todos, mas conocedor del carácter y del corazon del hombre que ningun otro autor dramático escepto Shakspeare.

Dentro de aquellos muros brillaba, aunque ya descendiendo á su ocaso, la gloria de aquel monarca que habia gozado, á lo menos hasta su último dia, la fortuna de Augusto, no manchada con los crímenes de Octavio. Nueve veces desde que aquel sol se empezara á elevar en el horizonte habia recibido la sede romana un nuevo ocupante; seis soberanos desde entonces habian reinado sobre las hordas otomanas; cuatro emperadores desde el principio de la misma era habian empuñado el cetro de Alemania; cinco czares desde Miguel Romanoff hasta el Gran Pedro habian poseido sobre su vastísimo territorio el precario poder de una férrea dominacion; seis reyes habian ceñido la pesada corona de Inglaterra; dos de ellos habian estado emigrados en aquella corte, y el hijo del último se hallaba refugiado en ella en aquel momento.

¡ Cuántas mudanzas no se habian verificado en Europa durante aquel solo reinado! Solamente en Inglaterra ¡qué inmensa série de acontecimientos desde el reinado del primer Carlos hasta el de Jorge I! Detúveme algun rato en la contemplacion del edificio, como si estos pensamientos vinieran á deslumbrar mi mente enlazándose unos con otros en una cadena eléctrica. ¿Dónde podia encontrarse para la posteridad un símbolo mas exacto del carácter y nombre de aquel soberano, que aquel monumento vistoso y regio, levantado en un desierto, lleno de vanas pompas y de ilustres nombres; prodigio del arte, grande en su conjunto, pequeño en sus detalles; oblation solitaria dirigida al egoismo espléndido, notable por las sumas que costó y por la pobreza que le rodeaba?

Fleuri con su urbanidad acostumbra-

da, urbanidad que en grande escala habria sido benevolencia, me dejó por un rato entregado á mis emociones: despues me puso la mano en el brazo y me hizo volver en mí. No tuve tiempo para pedirle perdon de mi distraccion, porque en aquel momento se llegó á él un anciano, de categoría sin duda, pero de aspecto que indicaba á la legua que no se ocupaba en otra cosa sino en las pequeñeces de un mero cortesano.—¿Qué tenemos, señor marqués? le dijo Fleuri sonriéndose.

—¡Oh! las noticias mas graves que os podeis imaginar. Figuraos que el rey ha manifestado intencion de recibir al ministro de Dinamarca el jueves, *el jueves*, que como sabeis es el dia destinado á los asuntos *domésticos*. ¿Qué querrá decir esto? Ademas, y aquí bajó la voz todo lo posible, ademas me ha dicho el duque

de Larochefoucault que S. M. contra la práctica y costumbre ordinaria, piensa tomar purga mañana. No puedo creerlo, no... ¡cómo es posible!... Pero no hagais uso de esto.

—¡Dios me libre! respondió Fleuri haciéndole una cortesía, y el cortesano pasó á dar su noticia en secreto á otros.

—¿Quién es ese caballero? pregunté.

—El marqués de Dangeau, personaje de calidad que lleva un diario de todo lo que el rey dice y hace. Tal vez verá la luz pública esta obra despues de su muerte y mostrará al mundo cuánta importancia se puede dar á lo que no la tiene. Creo que por lo que habeis visto de la corte de Inglaterra, sabreis que hay personas que no son otra cosa sino ecos humanos, que no viven sino del ruido ocasionado por otros.

Puse especial cuidado en no dar res-

puesta que pudiese hacer creer á Fleuri que pensaba rivalizar con él; y así quedamos muy satisfechos uno de otro.

Subimos la escalera principal y llegamos á una antecámara que, aunque costosa y rica en su adorno, no era notable por su esplendor. Allí me rogó el obispo que le esperase y me dejó solo, entretenido en mirar varias estampas de santos. Al cabo de unos diez minutos volvió y me dijo al oído:—Mme. de Maintenon está hoy un poco abatida; sin embargo, ha consentido inmediatamente en recibirnos: seguidme.

Dicho esto pasó delante y yo le seguí. Llegamos á la puerta de otro aposento á la cual Fleuri llamó suavemente. Nos abrieron y hallamos dentro á tres señoras, una de las cuales estaba leyendo, la otra riéndose y la otra bostezando. Entramos por fin en otro cuarto, donde es-

taba sola, sentada junto á la ventana en un ancho sillón, con un pie en el taburete (actitud que me hizo acordar de mi madre y que me parece ha de ser la que toman con preferencia todas las devotas), una mujer anciana, sin colorete, vestida sencillamente, armadas sus narices de un par de anteojos y con un gran libro sobre una pequeña mesa que tenia delante. El obispo de Frejus se acercó, hizo un profundísimo saludo y tomándome por la mano dijo:

—¿Permitís, señora, que os presente al conde Devereux?

Mme. de Maintenon se inclinó con aire de gran mansedumbre y humildad para devolver el saludo, y contestó:—El hijo de la señora mariscalda de Devereux siempre será de mí bien recibido. Despues nos señaló dos taburetes y mientras nos sentábamos preguntó:

—¿Y cómo habeis dejado á mi excelente amiga?

—Señora, respondí, cuando ví la última vez á mi madre, hará cosa de un año, se hallaba en perfecta salud y consolándose del transcurso de los años con esa tendencia á pensar en Dios, que para usar de su propio lenguaje, es el mayor consuelo de la vejez.

—¡Admirable mujer! dijo Mme. de Maintenon bajando los ojos; en esos sentimientos reconozco á la mariscala. ¿Y qué me decís de su hermosura? Aquellos dorados rizos, aquellos ojos azules, aquel nevado cutis no han experimentado algun cambio notable en compensacion de la mayor belleza que ha adquirido el alma?

—El tiempo, señora, se ha mostrado con ella tan galante como es posible; y muchas veces he llegado á creer, si bien

nunca con tan profundo convencimiento como en este instante, que hay en el estudio de las cosas divinas, en ese estudio que da luz y sosiego al alma, cierta cosa que preserva la belleza del cuerpo.

El rostro de la devota se cubrió de un ligero rubor. No, ni aun á los ochenta años es intempestivo el cumplimento que se dirige á la belleza de una mujer. Hubo entonces una leve pausa : el respeto me imponia el deber de no ser yo quien rompiese el silencio.

—S. M., dijo el obispo en el tono de una persona que conociendo que usurpa un tanto las atribuciones de otra, lo hace con el mayor respeto, S. M. continuará sin novedad.

—Sí, gracias á Dios, S. M. sigue tan bien como podemos esperar. Ya pronto será la hora en que podeis informaros por vos mismo.

Fleuri hizo una reverencia y preguntó:

—¿El rey nos recibirá hoy? Mi jóven amigo está muy deseoso de ver al mayor monarca y por consiguiente al hombre mas grande del siglo.

—Ese deseo es natural, dijo Mme. de Maintenon, y despues volviéndose á mí me preguntó si habia visto al rey Jacobo III.

Tuve cuidado en mi respuesta de manifestar que aun cuando hubiese estado resuelto á permanecer en París todo el tiempo necesario para ofrecerle mis respetos, todavía por deber y por inclinacion me habria puesto primero á las órdenes de quien ademas de haber sido el bienhechor de mi padre, era el monarca que me daba proteccion en sus reinos.

—Es decir, repuso Mme. de Maintenon, que todavía no habeis decidido cuan-

to tiempo permaneceréis en Francia.

—No señora, dije, y deseoso de saber hasta que punto podía contar con los servicios de una amiga tan íntima de *la excelente mariscal*, añadí:—Francia es el país donde he nacido, si bien me he criado en Inglaterra; y si pudiera esperar alguna parte del favor regio que mi padre gozó, la reclamaría como realización de mis esperanzas en mi patria, y no como auxilio en mi destierro. Pero..... y aquí me detuve para observar el efecto de mis palabras.

Mme. de Maintenon me miró fijamente á través de sus anteojos, después tres veces como confusa y luego repitió al obispo que no tardaría en llegar la hora de que entrásemos á ver al rey. Fleuri, cuya política entonces era muy parecida á la de la devota y que además no quería rivales en el favor oficial de

Mme. de Maintenon, si bien consentia en tenerlos en su amistad particular, no esperó á que se le hiciera otra vez la insinuacion. Levantóse y yo me ví obligado á seguir su ejemplo.

Mme. de Maintenon creyó que ya no habia riesgo, pues que iba á despedirme, en mostrar conmigo cierta cordialidad, y en consecuencia me bendijo y me dió su mano que yo besé con gran devocion. Era muy bonita mano aquella por cierto, apesar de la edad de la buena reina (1). Despues nos retiramos, y pasando por el cuarto donde se hallaban las tres señoras, que entorces todas estaban bostezando, nos dirigimos á las habitaciones del rey.

—¿Qué pensais de Mme. de Maintenon? dijo Fleuri.

(1) Sabido es que Luis XIV en los últimos años de su vida se casó con Mme. de Maintenon. (N. del T.)

—¿Qué he de pensar, contesté prudentemente, sino que la grandeza ha tomado en ella la forma mas noble, la forma de la sencillez?

—Cierto, repuso Fleuri, no he visto en ninguna mujer tanta dulzura unida á tanta humildad. ¿Observasteis vestigios de su primera belleza?

—¿Pues no habia de observar? Todavía hay suavidad en la expresion de aquel rostro y regularidad en aquellas facciones. Pero lo que mas me ha sorprendido es el aire de melancólica tranquilidad que tiene cuando guarda silencio.

—La expresion da indicios de lo que pasa en el alma, respondió Fleuri, y el tormento de los grandes es el tedio.

—De los grandes por su posicion, dije, pero no de los grandes por su talento. He oido que el obispo de Frejus, no obstante su categoría y celebridad, emplea todas

las horas del día en provecho de otros y por consiguiente sin tedio para sí mismo.

—¡Hola! dijo Fleuri sonriéndose con gracia y dándome un golpecito en la mejilla, decid ahora que el aire de los palacios no engendra bellos discursos. Y antes de que yo pudiese responder estábamos en las habitaciones del rey.

Fleuri me dejó por un momento en la galería, llena de mariposas de las que se agitan en torno de los rayos del monarca, y desapareció entre la multitud; apenas se había separado de mí me sorprendió agradablemente la llegada del conde Hamilton.

—¡*Mort diable!* dijo apretándome la mano á *l'anglaise*, me alegro verdaderamente de encontrar aquí á alguno que no insulte mis pecados con su superioridad. Mirad por un momento la gente que nos rodea. ¿No parece que estamos en la

corte de un cardenal romano y no en la de un gran rey? ¿Veis aquí valientes soldados de herizadas cejas y canos bigotes; sábios diplomáticos cuyas arrugas dan que hacer al Austria y desafian el poder de Roma; ilustres personajes con costosos trajes y porte de dignidad y maneras de satisfaccion? No, nada de eso; no vereis mas que balandranes y sombreros de eclesiástico, rosarios y sotanas, caras hipócritas, maneras traidoras, movimientos orgullosos y graves, tristeza y melancolía en todas partes. No parece, continuó inclinándose á mi oido, sino que el anciano rey, habiendo enterrado su gloria en Ramilies y Blenheim, ha llamado á toda esta gente para que la canten un responso. ¿Pero aguardais audiencia particular?

—Sí, bajo los auspicios del obispo de Frejus.

—Mejor guía podiais haber escogido, repuso Hamilton; el rey se ha causado ya de él: y ahora que hablamos de su ilustrísima, os presentaré un caso singular de lo preferible que son en la corte las buenas maneras á los buenos talentos. ¿Veis allí aquel hombre de aire modesto, rostro sensible y traje clerical? observad con que modestia habla á los que le dirigen la palabra y cómo por lo poco en que se tiene, parece que inspira á los demas la idea de que vale poco. Ese se llama tambien Fleuri; es el prior de Argenteuil y supongo que ha venido aquí por algun asunto particular y del momento, pues se ha retirado de la corte. Pues ese digno prelado—mirad que modo mas rústico de hacer cortesías—es uno de los mas ilustres teólogos que tiene la iglesia, tan incomparablemente superior al carita de pascua del obispo de Frejus, como

Luis XIV á mi antiguo amigo Carlos II. Ha tenido las mismas ocasiones de adelantar que el dicho obispo, porque ha sido preceptor de los príncipes de Conti y del conde de Vermandois; y sin embargo, me atrevo á apostar á que vive y muere tutor, roe-libros, y prior sin salir de ahí; al paso que el otro Fleuri, sin el menor mérito en realidad, aunque con mas vanidad, gobierna á los reyes por medio de sus queridas, á los reinos por medio de los reyes, y aun me temo que ha de llegar á ser primer ministro y cardenal.

—¡Bah! dije yo, no creo que el buen obispo tenga grandes probabilidades de subir á tal dignidad.

—Perdonad, repuso Hamilton, soy cortesano viejo, y ahora que no estoy en juego, miro y observo y no se me escapa una sola jugada del de los demas. La flexibilidad y la astucia pueden servir de

mucho en una corte como esta, y las tretas é insinuantes maneras de un Fleuri pueden alcanzar tanto como alcanzaron los profundos manejos del artificioso Mazarino y el soberbio genio del imperioso Richelieu.

— ¡ Chss! dije, ahí viene el obispo. ¿Quién es ese clérigo anciano, de rostro afable y de maneras que sin duda os agradarán mas que las del prior de Argenteuil; ese que se ha parado ahora á hablar con nuestro Fleuri el cortesano?

— ¡ Cómo! ¿no le conocéis? Es el mas célebre predicador de la época, el gran Massillon. Dícese que esa hermosa persona hace rápidos progresos en su tarea de convertir á las damas de la corte; lo cierto es que cuando Massillon comenzaba á predicar, era en cierto modo para el alma lo que la lanza de Aquiles para el cuerpo; pues aunque curaba las he-

ridas de la conciencia, estaba tambien dispuesto siempre para hacerlas.

—¡Ah! dije, sois en extremo malicioso; pero observad de paso cuán pronto estamos siempre á divulgar las fragilidades del hombre, y cuán pocos somos en elogiar sus virtudes.

—Seguramente, contestó Hamilton con frialdad y dando golpecitos en la caja de polvo: seguramente, á los viejos nos gusta mas la historia que la novela, y las fragilidades son ciertas, al paso que las virtudes siempre son dudosas.

—No juzgueis á todos, repuse, por lo que habeis visto en la corte de Carlos II.

—No trató de hacerlo. Nunca hasta entonces habia reunido la Providencia tanta canalla en un mismo sitio, sino con el objeto de ahorcarlos; y sería mal juez el que juzgase á los hombres por los

héroes de Newgate (1), y por las víctimas del Tyburn (2). Pero ya viene aquí el obispo, adios.

—¿Qué es esto? dijo Fleuri llegándose á mí y saludando á Hamilton que se retiraba ¿qué es esto, conde Antonio? ¿Habeis venido por puro capricho, ó tenéis algun negocio en la corte?

—No, contestó Hamilton, vengo solamente con el mismo objeto que llevaban los pobres cuando iban á los templos de Caitan, á aspirar el olor de las buenas cosas que los sacerdotes devoraban.

—Ha! ha! ha! exclamó el buen obispo sin desconcertarse en lo mas mínimo, y el conde Hamilton, satisfecho de su *bon mot*, nos volvió las espaldas.

—He hablado á S. M. Cristianísima,

(1) Carcel de Londres. (N. del T.)

(2) Sitio donde se ahorcaba á los criminales.
(Idem.)

dijo Fleuri, y se digna admitiros á su presencia. El duque de Maine y algunos otros individuos de la familia real estan con el rey; pero podeis considerar esta audiencia como particular.

Manifesté al obispo mi gratitud, nos adelantamos hácia las habitaciones reales, se abrieron las puertas y me hallé en presencia de Luis XIV.

El aposento estaba algo oscuro. En el centro se hallaba el rey recostado en un ancho sofá y vestido (aunque esto lo recordé despues, pero apenas lo noté en la audiencia) con una casaca de terciopelo negro poco bordada, y chupa de raso blanco; no tenia joyas ni condecoraciones, pues solo en los dias de gran gala desplegaba toda su pompa. A corta distancia de él se hallaban tres individuos de la familia real, á quienes no miré porque toda mi atencion estaba fija en el rey.

No soy de aquellos en quienes la grandeza ni el aparato exterior hacen mucha impresion; pero al aproximarme á la real persona en pos del obispo de Frejus, conocí que Bolingbroke al advertirme que no me presentase con demasiada serenidad, me habia hecho una advertencia inútil. Tal vez, si hubiera visto á aquel monarca en sus buenos tiempos, en la plenitud de su poder y de su gloria, en el meridiano de su vida, de su fama, de su esplendor, el orgullo me hubiera hecho precaverme contra una impresion de masiado profunda ó manifiesta; pero los muchos reveses que habia tenido aquel magnífico soberano, reveses en que se habia mostrado mas grande que en todos sus anteriores triunfos y victorias, su edad, sus enfermedades, las mismas nubes que rodeaban aquel sol en su ocaso, los ahullidos de gozo que oia en derre-

dor del leon moribundo, todas estas cosas convertian mi respeto en veneracion y daban á la veneracion cierta tinta de temor. Contemplé delante de mí no solo la magestad de Luis el Grande, sino la magestad de la desgracia, de los achaques, de la vejez, de la debilidad; y olvidé lo que podia oponerse á estos sentimientos, á saber, la idea de los crímenes de sus ministros y de las exacciones de su reinado. Procurando libertarme de la turbacion que me sorprendia, levanté los ojos hácia el rey y ví un semblante en el cual, las huellas de la superior belleza que tanto habia admirado en su tiempo, aun no estaban completamente borradas, y donde los años habian impreso un sello de dignidad mas imponente y mas notable á causa de sus padecimientos físicos.

Fleuri dijo en tono muy bajo no se qué palabras que no pude oír. Hubo des-

pues un momento de silencio, solo un momento, y luego oí una voz cuya armonía habia creído hasta entonces exagerada por los cortesanos; aquella voz era la del rey, y su acento era tan bondadoso y amable que me hizo recobrar toda mi serenidad.

—Nos habeis dado un placer, conde Devereux, por el cual nos complacemos en tributaros personalmente las gracias, dijo el rey; era natural que el pais donde vuestro valiente padre adquirió tanta fama, fuese tambien el asilo de su hijo.

—Señor, contesté, no quedará por mí si de hoy en adelante no es mi patria este pais: al heredar el nombre de mi padre heredé tambien su gratitud y su ambicion.

—Bien dicho, repuso el rey. Yo levanté otra vez los ojos y noté que los suyos estaban fijos en mí.—Bien dicho, re-

pitió despues de una corta pausa, y al concederos esta audiencia nos complacíamos en esperar que deseariais pertenecer á nuestra corte. Las circunstancias no exigen (aquí la voz del rey me pareció no tan firme como antes) la manifestacion de vuestro celo en la misma carrera en que vuestro padre ganó tantos laureles para Francia y para sí mismo; pero no dejaremos de utilizar vuestros talentos, ya que no vuestra espada.

—Esta espada que tengo de V. M., señor, se empleará siempre en su servicio y contra todas la naciones menos una; al pedir á V. M. nuevos favores solo es mi ánimo manifestar de algun modo mi gratitud por los antiguos.

—No dudamos, dijo Luis, que cualesquiera que sean los ingratos que podamos hacer al manifestar nuestra voluntad de favoreceros, vos no os hallareis entre

ellos. Aquí el rey hizo una leve pero cortés inclinacion y se volvió á otro lado. El vigilante obispo de Frejus, que se habia quedado á corta distancia y sabia que al rey no le gustaba hablar mas que el tiempo en que podia sostener la conversacion, me hizo una seña á la cual yo obedecí y me retiré de la real presencia con las debidas manifestaciones de respeto.

Así terminó mi entrevista con Luis XIV. Aunque S. M. fué muy lacónico en sus palabras, yo hablé de él por largo tiempo despues, como pudiera hablar del mas elocuente de los hombres. Es indudable que no hay orador que pueda compararse con un rey: una palabra de una boca real conmueve el corazon mas que pudiera hacerlo el mismo Demóstenes. No les faltaba razon á los antiguos para pintar á la diosa de la Persuasion con una diadema en la cabeza.

CAPITULO VIII.

Reflexiones.—Un sarao.—Aparicion de un personaje importante de la historia.—Una conversacion con Mme. de Balzac altamente satisfactoria y agradable.—Encuentro con un antiguo soldado.—Extincion de una gran luminaria.

Ya hacia muchas semanas que estaba en París, y ni habia buscado con ansia ni evitado con estudio sus placeres. Un violento dolor no nos quita la facultad de gozar; solamente la disminuye y debilita los goces; no nos aparta completamente de todos los objetos que hacen amable la vida; solamente adelanta la calma indiferente de la vejez. La sangre no tiene ya en nuestras venas un curso

irregular pero delicioso de vivas y ardientes emociones, ni nuestra ambicion se agita insaciable lanzándose ya por uno ya por otro sendero de los infinitos que se presentan en la vida; pero no hemos perdido todas nuestras antiguas inclinaciones; estas estan dormidas, pero no muertas. El corazon no puede vivir por largo tiempo sosegado: no se complacerá en bagatelas, ni le deleitarán cosas pequeñas, pero tiene un ojo que no se cierra nunca, una fibra que jamás cesa de latir. La desgracia que ha modificado nuestra naturaleza nos ha hecho á propósito para vivir en un clima en que la desgracia forma una parte del aire que respiramos. El dolor que hace á nuestros corazones ser menos sociales, hace á nuestras costumbres serlo mas. Los pensamientos que en la calma de la vida evitan el contacto del mundo, se refugian

á él en la tempestad , bien así como los pájaros que abandonan las tierras habitables cuando los vientos duermen y el trueno no ha salido de la nube ; pero que cuando la tempestad comienza y el huracan les persigue , movidos por un instinto irresistible , buscan asilo en algun barco ó en algun sitio donde haya señales de habitacion , prefiriendo exponerse al peligro de caer en manos de los hombres , á arrostrar la ira del cielo y los furores de la borrasca.

No volví á saber mas ni de Mme. de Maintenon ni del rey. Entre tanto , como mi fuga y mi amistad con Lord Bolingbroke me habia dado cierta importancia á los ojos del príncipe desterrado , importancia que de otro modo no hubiera tenido , me ví honrado con lisonjeras proposiciones para entrar activamente á su servicio. Ya he dicho antes que su causa

no me inspiraba el menor entusiasmo y mucho menos su persona. Mi ambicion se dirigia mas bien á entrar al servicio de Francia. En Francia habia yo nacido y en Francia habia mi padre adquirido su fama; Francia no tenia para mí tristes recuerdos, ni las escenas de su sociedad podian causarme ningun dolor particular, ni sus instituciones rebajar mi carácter público; y si bien no habia aun recibido ninguna muestra del aprecio de Luis, todavía no era tarde, y ademas siendo proverbiales la fidelidad con que el rey cumplia sus palabras, esperaba que tarde ó temprano podria aprovecharme de la especie de promesa que me habia hecho. Deseché por tanto, con todo el respeto debido las ofertas del Caballero, y continué viviendo en el ocio y en la expectativa hasta que Bolingbroke volvió á París y aceptó el destino de secretario de esta-

do al servicio del pretendiente. Como él mismo ha espuesto despues las razones que tuvo para admitir este encargo, no es mi ánimo favorecer al público con la narracion de las conversaciones particulares que tuvimos sobre el asunto.

Un dia ó dos despues de su vuelta asistimos á un sarao dado por un individuo de la familia real. La primera persona que vino á hablarnos, y nos alegramos de ello porque no podia haberse llegado á nosotros otra de sociedad mas agradable, fué el conde Antonio Hamilton.

—¡Hola, milord Bolingbroke! dijo, ¿como vá? celebro mucho veros otra vez. Mirad á la duquesa de Orleans. ¿Habeis visto en vuestra vida mujer por el estilo? ¿Pero adonde vais, milord? ¡Ah! miradle, conde, miradle deslizándose entre la gente hasta llegar á la hermosa duquesa—bien... muy bien, esa reverencia esta he-

cha con mucha gracia , es preciso confesarlo. No os vayais , conde : ¿qué diría el mundo si el conde Hamilton quedase abandonado á sí propio ? No , no , venid , y sentémonos al lado de Mme. de Cornuel , que tiene grandes deseos de que le seais presentado y que ademas es una de las mujeres mas chistosas de Europa.

—Vamos allá con tal que emplee su gracia en ridicularizar á los demas y no en alabarse á sí misma.

—¡Oh! no hay quien la gane en esto de satirizar ; y á la verdad , no sé que diferencia puede haber entre el chiste y la sátira. Vamos , conde.

Y Hamilton me presentó á Mme. de Cornuel , la cual me recibió políticamente y volviéndose á dos ó tres personas que la rodeaban , dijo con la mayor seriedad:—Señores , hacedme el favor de buscar otro objeto de atraccion , porque de-

seo tener una conferencia particular con mi nuevo amigo.

—¿Puedo quedarme yo? dijo Hamilton.

—Sin duda ; vos no estorbais nunca.

—Para eso , repuso Hamilton tomando un polvo y haciendo una cortesía, para eso no hay como vuestro excelente marido.

—¡*Fi donc!* exclamó Mme. de Cornuel; y volviéndose á mí continuó:—¡Ah! caballero, si hubierais venido á París hace algunos años , habriais quedado hechizado con nuestra sociedad ; pero ahora estamos muy cambiados. Figuraos que el anciano rey creyendo que es pecado, no el ver comedias, sino verlas representadas por far-santes de profesion , ha convertido á la familia real en una compañía de cómicos. ¡*Mon Dieu!* ¡qué malditamente lo hacen!... ¿ Pero sabéis por qué deseaba que me fueseis presentado?

—Si señora, para tener un nuevo oyente; los oyentes viejos deben ser casi tan fastidiosos como las viejas noticias.

—Eso está muy bien dicho y no se aleja demasiado de la verdad. El hecho es que necesitaba hablar de toda esta gente que veis con alguno para quien mis anécdotas tuviesen el atractivo de la novedad. Empecemos por Luis Armando, príncipe de Conti: ¿le veis?

—¿Quién, aquel caballero robusto, de buena presencia y de vista corta, que se rie con tantas ganas y que se parece un poco á los retratos de Enrique IV?

—*O Ciel* ¡qué picante observacion! Ese hermoso personaje es nada menos que el duque de Orleans. De quien os hablo es de aquel viejecillo pequeñuelo y feo que parece un mico disecado, aquel, mirad... aquel que acaba de derribar una silla y que al levantarla ha estado á pun-

to de caer sobre la embajadora de Holanda. Pues ese es Luis Armando, príncipe de Conti. ¿Sabeis lo que el duque de Orleans dijo de él hace pocos dias? «*Mon bon ami*, dijo señalando á sus piernas, que entre paréntesis no es posible hayais visto otras tales sino en una casa de fieras, *mon bon ami* es fortuna para vos que, segun nos asegura el salmista, no se complazca el Señor en las piernas de ningun hombre.» No, no os riais, es positivo.

Quiso Hamilton seguir la broma, pues en este punto no era mas piadoso que la caritativa Mme. de Cornuel, y dijo:—El príncipe es tan perfecto en su torpeza, que cuando el rey oye un ruido y pregunta la causa, la invariable respuesta es: «el príncipe de Conti se ha caido.» Pero decidme: ¿qué pensais de Mme. de Aumont? Está vestida á la inglesa y triste como la muerte.

—A mí me parece hermosa, dije yo.

—Sí, exclamó Mme. de Cornuel sin dejar continuar á Hamilton (y era cosa de ver cómo luchaban á porfía en murmuracion y mordacidad) sí, tiene fama de hermosa; pero á mí me parece un *fricandeau* en lo blanca, suave é insípida. Siempre llora despues de rezar, tanto por la mañana como por la tarde; y preguntándole una vez la causa, me respondió la simplecilla que cuando rezaba no podia menos de pedir á Dios que la hiciese buena, y que temia que el cielo la cogiese la palabra. Sin embargo, tiene muchos adoradores y la llaman la estrella de la tarde.

—Mas bien deberían llamarla Hyades (1), dijo Hamilton, si es cierto que

(1) Nombre de siete hermanas, hijas de un rey de Mauritania que murieron de dolor por haber perecido su hermano en las garras de una leona, y segun

vierte llanto todos los días por mañana y tarde, y por consiguiente que su salida y su ocaso van acompañados de lluvia.

—¡Bravo! conde Antonio, así la llamaremos en adelante, dijo Mme. de Cornuel. Y ahora, monsieur Devereux, volved los ojos á esa horrible vieja.

—¿Quién? ¿la duquesa de Orleans?

—La misma. Hoy está de tiros largos; pero por el día se la suele ver en traje de montar y con peluca de hombre: es....

—¡Chss! interrumpió Hamilton: ¿no temblais al pensar lo que haría si os oyesse? Es terrible en la pelea: no podeis formaros una idea, conde, del brazo que tiene. Conoce su fealdad, y se ríe de ella como todo el mundo. El rey la tomó un día la mano y dijo sonriéndose: «¿En qué

la fábula fueron convertidas en estrellas. Los antiguos creían que su salida y su ocaso anunciaban siempre lluvia.

(N. del T.)

estaría pensando la naturaleza cuando dió esta mano á una princesa alemana, en vez de dársela á una aldeana holandesa? Señor, respondió la duquesa con gravedad, la naturaleza dió esta mano á una princesa alemana para que con ella caliente las orejas de sus *dames d'atour*!

—Ha! ha! dijo Mme. de Cornuel, nunca faltan motivos para reirse de una mujer que come ensalada con tocino, y declara que cuando está triste su único consuelo son el jamon y las salchichas. Su hijo la trata con gran respeto, y la consulta en todos sus amores, cuyos por menores, á pesar del horror que la causan, cuenta á sus amigos en cartas tan largas como su genealogía. Pero estais mirando á su hijo: ¿no os parece buena figura?

—Sí, muy buena; pero no aventaja á la de lord Bolingbroke con quien ahora está hablando. ¿Quién es el otro per-

sonaje que se reúne ahora con ellos?

—¡Oh! es el abate Dubois, prueba viviente de la falsedad de aquel adagio francés que dice que un Mercurio no se hace *du bois*. No hay Mercurio que pueda compararse con el tal abate. Mirad aquel viejo que está á la izquierda: es una de las personas mas notables de este siglo.

—¿Aquel anciano de facciones delicadas y aspecto mas que regular para su edad?

—El mismo, repuso Hamilton: ese es el célebre Choisi, el moderno Tiresias, y ha sido mujer lo mismo que hombre.

—¿Qué quereis decir?

—No teneis mas que preguntárselo á cualquiera, dijo Mme. de Cornuel; vereis como os dicen que ha vivido muchos años disfrazado de mujer, y ha tenido de toda especie de curiosas aventuras.

—¡*Mort diable!* exclamó Hamilton, eso

fué entrar en vuestras filas como espia, señora, y dicen que cuenta cosas muy desagradables de lo que vió en ellas.

—Vamos, conde Hamilton, dijo la amable Mme. de Cornuel, no volvamos nuestras armas uno contra otro. Sabed que si atacais á mi sexo me atacais á mí. ¿Pero por qué mirais tan fijamente á ese clérigo tan feo, conde Devereux?

La persona de quien hablaba Mme. de Cornuel era Montreuil, el cual acababa de reparar en mis miradas mientras hablaba con calor en un grupo de cortesanos.

—Silencio, señora, dije, dispensadme por un momento; y me levanté y me acerqué al grupo.

—Es decir que habeis llegado hoy mismo, dijo uno de los interlocutores á Montreuil.

—Sí, dijo este, no he podido despa-
char antes.

—¿Y cómo van nuestros asuntos en Inglaterra?

—Progresando: si S. M. Luis XIV vive un año mas, enviaremos al elector de Hannover otra vez á su principado.

—¡Chiss! dijo uno de ellos, y miró hácia mí. Montreuil se calló de repente; encontráronse nuestras miradas; bajó los ojos. Yo aparenté que miraba entre el grupo como para buscar á alguna persona conocida, y despues volviendo las espaldas me fuí á sentar solo en un sitio retirado. Desde allí, sin ser notado, estuve observando los movimientos de Montreuil. Reparé que de cuando en cuando fijaba en mí sus negros ojos, al parecer mas bien con el objeto de vigilar mis acciones que por otra causa. Poco despues se dispersó el grupo; Montreuil habló algunos momentos con Dubois, que le recibió muy bien, y despues entró en

una larga conferencia con el obispo de Frejus , á quien hasta entonces no habia yo visto entre la multitud.

Estaba yo parado en la escalera, desde donde habia visto á Montreuil salir con el obispo en el coche de este, cuando Hamilton se llegó á mí é insistió en que le acompañase á casa de Chaulieu, donde esperaba una gran cena á los aficionados al vino y á los chistes. Sin embargo , con grande admiracion del conde, preferí aquella noche la soledad y la reflexion á toda clase de entretenimiento.

La visita de Montreuil á la capital de Francia no me anunciaba nada bueno. Poseia gran influencia con Fleuri, y era muy apreciado de Mme. de Maintenon; en efecto, poco despues de su vuelta á París , el obispo de Frejus me miraba ya con menos benignidad , y Mme. de Maintenon dijo á su amiga la duquesa de Saint

Simon que era una lástima que un jóven de mi nacimiento, circunstancias y buena presencia (¡ ah! en mi buena presencia no habria reparado la devota si yo no me hubiese manifestado un tanto sensible á las gracias de su persona) no pensase mas que en la disipacion, y lo que aun era peor, estuviese afiliado en la secta jansenista. Despues de esto no me quedó esperanza sino en la palabra del rey, cuya atencion naturalmente absorta en sus continuos achaques, no era de presumir que se fijase con facilidad en lo que me convenia. Creo, sin embargo, tal era la escrupulosidad religiosa con que Luis XIV cumplia sus palabras, que si hubiera vivido no habria tenido yo de qué quejarme.

Montreuil desapareció de Paris casi tan repentinamente como habia aparecido; y como el que se ahoga se agarra aunque sea de un cabello, viendo mis ne-

gocios en tan mal estado, pensé que nada perdía en tomar consejo aun de la misma Mme. de Balzac.

Presenteme, pues, en su casa, y afortunadamente la encontré sola.

—Bien venido, hijo mio, dijo, permitidme que os dé este título; bien venido, ya hace muchos dias que no os he visto.

—Los he contado, señora, y me han parecido muy largos; pero ya sabeis que los negocios tienen sus exigencias como los placeres.

—Es cierto, dijo Mme. de Balzac con afectacion; yo misma, acostumbrada y todo como estoy, encuentro á veces insoportable el peso de la política: así ya me figuro lo enojoso y cansado que será para un jóven como vos.

—¡Ojalá hubiese adquirido vuestra experiencia con vuestro trato, señora, porque temo que la visita á S. M. me servi-

rá de muy poco! Mme. de Maintenon no quiere verme, y el buen obispo de Frejus se vé acometido siempre que me encuentra de una repentina parálisis de memoria.

—No pensé que llegase á tanto el espíritu de partido, dijo Mme. de Balzac que sabia imitar perfectamente á la pulga del camello de la fábula; mi celebridad y el saber que os apreciaba á causa de la mucha amistad que tuve con vuestro padre, han sido bastantes para perjudicaros en la opinion de los jesuitas y de sus instrumentos. Pero yo trataré de reparar el daño que os he ocasionado. ¿Qué destino os convendria mejor?

—Preferiría alguno en la carrera diplomática. A mi edad es mejor viajar que vivir en la disipacion y en el ocio, aunque sea en París.

—¡Ah! no hay nada como la diplomacia, dijo Mme. de Balzac con aire de

un Richelieu y vaciando de un sorbo su caja de tabaco: ¿pero teneis, hijo mio, las cualidades y aun las inclinaciones que requiere esta ciencia? ¿Sois capaz de intrigar? ¿Sabeis decir una cosa y pensar otra? ¿Estais en estado de calcular la inmensa importancia de una mirada ó de una cortesía? ¿Podeis vivir como una araña en el centro de una confusa y enmarañada red, tan enmarañada como peligrosa para todos, menos para el insecto que la ha tejido? Este, hijo mio, es el arte de la política, esto es ser diplomático.

—Tal vez, respondí, á una persona de menos penetracion que Mme. de Balzac no pareceré enteramente ignorante del noble arte de la duplicidad política, que de tan elocuente modo ha pintado.

—Tal vez, repuso la buena señora, pues en cuanto á mí, el que me engañe ha de ser muy diestro.

—¿Pero qué me aconsejais que haga en la crisis actual? ¿qué partido debo adoptar? ¿á quién he de adular?

Ya he dicho otra vez que nada disgustaba mas á la apreciable Mme. de Balzac que una pregunta directa y que nunca respondia á ella.

—Me alegro ciertamente de que me consulteis, dijo, preparándose para un largo discurso, y voy á daros el mejor consejo que pueda; *écoutez donc*. ¿Habeis visto al duque de Maine?

—Si señora.

—¡Hum! ha! no sería un disparate seguir su partido: pero.... ya me entendéis.... Despues tenemos al duque de Orleans, hombre de talento, amigo de los placeres; pero ya sabeis... es un poco... en fin ya podeis comprenderme..... En cuanto al duque de Borbon es un necio completo; sin embargo, debemos reflexio-

nar... no hay nada como la reflexion, creedme, un diplomático nunca se precipita. Respecto á Mme. de Maintenon, ya sabeis y yo tambien, que la duquesa de Orleans la llama vieja bruja; no obstante, y á pesar de todo, ello es que... al buen entendedor pocas palabras.... ¿Eh?... ¿Y qué diremos de la misma duquesa de Orleans? ;Qué grosera!... Pero es muy lista y escribe unas cartas!... En suma, la cuestion es dificilísima; pero ya debeis haber comprendido el plan que en mi concepto os conviene adoptar.

—Si señora.

—Seguramente: ¿qué os estaba diciendo? ¿no me habeis entendido? ¿quereis que os repita mi consejo?

—No hay necesidad; os he comprendido perfectamente; me habeis aconsejado en suma que.... que... haga.... esto es,... lo que pueda y segun pueda hacerse....

—Sin duda, hijo mio, ya sabia yo que con un poco de reflexion me habiais de entender al momento.

—Indudablemente, contesté.

En esto anunciaron la llegada de tres señoras, y terminó mi conferencia con Mme. de Balzac.

Resolví entonces esperar algun tiempo, hasta que presentándose menos agitadas las olas del poder, me fuese mas fácil dirigir la barquilla de mi ambicion por seguro rumbo; dime á frecuentar las sociedades mientras dormian mis proyectos políticos; porque mi alma no podia tener reposo sin consumirse, y ningun mal me parecia comparable con la tranquilidad. Así pasaron la primavera y parte del verano, hasta que en agosto estallaron en Escocia los desórdenes que precedieron á la insurreccion. Por aquel tiempo tenia muy pocas ocasiones de ver á

Bolingbroke en particular, si bien este con su natural afectacion tenia cuidado de que el cúmulo de negocios (que realmente era enorme) de que estaba abrumado, no le impidiese presentarse en los espectáculos públicos. Además, mi indiferencia respecto al partido del Caballero, á quien tan ardientemente sostenia Bolingbroke, produjo naturalmente cierta reserva en nuestras conversaciones, de la cual se originó cierta frialdad en nuestro trato: tan imposible es que sean amigos particulares los que disienten en opiniones políticas.

Una vez me convidaron á pasar algun tiempo en una casa de campo á cuarenta millas de París. Acepté y permanecí en ella unos cuantos dias. A la vuelta resolví hacer el viaje á caballo, y con esta idea mandé que me siguiera el carruaje, y acompañado de un solo lacayo emprendí mi espedicion. La mañana estaba her-

mosa: era el primer día del primer mes del otoño. Habría andado unas diez millas cuando encontré á un antiguo oficial francés: recuerdo sus facciones como si le hubiera encontrado ayer: era de rostro largo y delgado, y bastante amarillo para poder servir, no ya de retrato, sino de caricatura de D. Quijote: tenía nariz corva, y aguda y larga barba, y no había arruga, curva, línea, ni surco de los que el rostro humano puede tener, que no se encontrase en el suyo. Sin embargo, sus ojos eran brillantes, sus miradas vivas, su porte desembarazado y marcial. Llevaba una especie de traje militar; su bigote, aunque claro y canoso, estaba cuidadosamente retorcido, y en el vértice de una respetable peluca se alzaba orgulloso un sombrero adornado de una pluma negra. Iba muy derecho en su silla, y el caballo, que era un fuerte cua-

drúpedo de raza normanda, de ancho pecho y larga cola, echaba con magestad una pierna antes que la otra formando una especie de trote, paso que si bien á juzgar por la mirada del animal y por sus movimientos parecia bastante vivo, era todavia mas tardo y pesado que el ordinario.

Este noble caballero pareció á mi caballo un objeto de curiosidad y de admiracion; así fué que el animal manifestó su sorpresa relinchando fuertemente al pasar junto á él. El troton normando respondió á esta muestra de mala educacion con indignados relinchos, moviendo sus largas manos y cabeza, y comenzando una série de corbetas y saltos que dieron bastante que hacer al francés. En medio de sus piruetas llegó tan cerca de mí que me roció el traje salpicándome de barro de un modo tan liberal como desagradable; lo cual visto por el

francés, se quitó su enhiesto sombrero con mucha política y me pidió perdon del accidente. Yo repliqué con igual cortesía, y habiéndose aquietado nuestros caballos entramos en conversacion.

—Llevais un buen caballo, dijo el francés; pero perdonad que os diga que me parece que esos caballos ingleses no son tan á propósito para la guerra como nuestros fuertes trotones: *voici le mien, par exemple.*

—No lo dudo, contesté: ¿os ha servido tambien vuestro caballo en la guerra?

—¡Ah! *le pauvre petit mignon*, no (*petit* en efecto; el tal caballito tenia lo menos diez y siete cuartas); no señor es muy jóven. Su abuelo me sirvió muy bien.

—Escuso preguntaros si sois soldado: vuestro aspecto lo dice.

—Me haceis demasiado honor, dijo el viejo poniéndose colorado y haciendo una

cortesía tan profunda como si le hubiera llamado *Condé*; he seguido la profesion de las armas por espacio de mas de cincuenta años.

—¡Cincuenta años! mucho es.

—Mucho, repitió mi compañero, mucho para recordar el tiempo pasado con sentimiento.

—¡Con sentimiento! yo creia que el recuerdo de cincuenta años de gloria sería un recuerdo de satisfaccion y triunfo.

El anciano se volvió en su silla y me miró atentamente por algunos minutos.— Sois jóven, dijo, y á vuestra edad yo hubiera pensado como vos; pero... (Aquí cambió bruscamente de tono y continuó) ¿De triunfo decís? Tres hijos he tenido y todos tres han muerto en el campo de batalla: no he derramado una lágrima, ni una sola; pero yo os diré cuando lloré. Cuando volví ya viejo á la patria que

habia dejado siendo jóven, encontré el pais desierto; ví que los nobles se habian convertido en tiranos, y los plebeyos en esclavos; ví al clero y á los señores oprimiendo al pobre, y á los recaudadores de contribuciones esprimiendo el jugo que los primeros opresores habian dejado; ví el descontento, la desgracia, la miseria, el hambre en todas partes, la terrible separacion entre unas clases del pueblo y otras, la increíble indiferencia con que la aristocracia miraba los males que causaba su despotismo; el odio que la tenia el pueblo; todos los destinos vendidos, todos los honores comprados, la corte convertida en mercado público, la nobleza sin proporcionar un solo beneficio que compensara sus excesos, la nacion agoviada de deudas y no pudiendo pagarlas sino con lágrimas. Esto ví, y estas fueron las consecuencias de la cruel y miserable vanidad que nos

metió en guerras ni convenientes ni honrosas. Estos son los elementos que componen lo que vos llamais *triunfo* y lo que creéis que debia echar de menos.

Aunque era imposible, viviendo en la corte de Luis XIV en sus últimos dias, no conocer cuán terrible verdad contenia el discurso del anciano soldado, con todo me sorprendió un entusiasmo tan poco militar en una persona de tan marcial continente.

—Triste pintura habeis hecho, dije, y el mal estado de cultivo en que se hallan estas tierras muestra que no es exagerada. Sin embargo, esos son males ordinarios de la guerra, y si vuestro pais los padece, no olvidéis que tambien los ha hecho padecer á los demas. Acordaos de lo que Francia ha hecho con Holanda, y tened presente que entre las naciones, lo mismo que entre los individuos, el daño que hacemos á otros recae en últi-

mo resultado sobre nosotros mismos.

Mi buen francés se retorció el bigote con el índice y pulgar de la mano izquierda y dijo :

—Eso puede ser verdad ; pero *morbleu!* esos malditos holandeses merecian todo el mal que les hemos causado. No señor, no, no soy tan vil, que olvide la gloria que mi país ha adquirido, aunque me lamente de los perjuicios que á sí mismo se ha ocasionado.

—No os entiendo, repuse ; ¿no acabais de decir que las guerras á que habeis asistido no fueron convenientes ni honrosas ? ¿Qué gloria puede por tanto adquirirse en guerras semejantes, aunque estenazonadas con el placer de cortar el cuello á los *malditos* holandeses ?

—Señor, dijo el francés, no me habeis entendido. Cuando castigamos á Holanda, hicimos bien ; *conquistamos*.

—Conquistaseis ó no (porque el buen pueblo de Holanda no está seguro de ello) esa guerra fué la mas injusta que ha hecho vuestro rey; pero decidme ¿qué guerra es la que deplorais?

El francés frunció el ceño, silbó, alargó el labio inferior, y dando un espulazo á su caballo respondió.

—La última que hicimos á los ingleses.

—Precisamente esa fué la mas justa de todas, dije.

—¡Justa! gritó el francés parándose de repente y dirigiéndome una mirada de fuego, ¡justa! no digais eso. Yo estuve en Blenheim y en Ramilies!

Y al decir estas palabras se debilitó su voz, y yo no pude menos de reirme interiormente de la confusion de ideas de aquel anciano guerrero, que creia que las guerras eran justas ó injustas segun sus resultados eran felices ó adversos.

—Sí, prosiguió mi compañero ruborizado y calándose el sombrero hasta las cejas, en Ramilies recibí mi última herida; allí se abrieron mis ojos á los horrores de la guerra; allí ví por primera vez los funestos efectos de la ambicion, y desde entonces resolví abandonar el servicio de un rey que habia perdido para siempre su fama, su gloria y la de su pais.

Este soldado es el retrato mas perfecto de la nacion francesa. Cuando la fortuna se les muestra propicia gritan: *¡Marchons au diable!* y *vive la gloire!* pero si se les muestra adversa, entonces viene aquello de: *Ma pauvre patrie!* y *Les calamités affreuses de la guerre!*

En esta conversacion llegamos á Versailles. Encontramos desiertas las inmediaciones de la poblacion, cosa que por lo inusitada nos sorprendió. Al entrar por la calle principal, vimos muchos corrillos

de gente agitada y oímos un gran murmullo. Aquí una vieja trataba de explicar una cosa que no podía entender á un niño de tres años, que la escuchaba con la boca abierta y la mirada fija, supliendo la inteligencia con la admiracion ; allí varios soldados conversaban en voz baja y se reian de un clérigo que mustio y pensativo pasaba de largo sin mirar á nadie. Un muchacho gritaba.—« A lo menos tendré dia de asueto y podré ir á París ; y formando contraste con él un viejo con cara de avaro y usurero exclamaba dirigiéndose á un camarada suyo:— Hoy estan suspendidos los negocios y no se puede ganar un sueldo, nada, Juan, ni un sueldo. Varias mujeres de todas edades, junto á las cuales pasó mi caballo, tenian una conversacion muy animada. Entre las palabras que les oí me chocaron estas: Luto—¿de qué hechuras serán los vestidos?

—¿Qué noticias hay? pregunté.

—¿No sabéis la noticia? El rey ha muerto.

—¡Luis el Grande ha muerto! exclamó mi compañero.

—¡Luis el Grande! dijo un hombre de mirada torva; decid mas bien Luis el perseguidor.

—¡Ah! ese es hugonote, dijo otro de pálidas mejillas y hundidos ojos: el rey hacia bien en negar su proteccion á los hereges; pero hacia muy mal cuando imponia tantas contribuciones á los católicos.

—¡Chss! repuso un tercero, no se puede hablar, hay espías por todas partes. Yo creo que toda la culpa la tenia la nobleza.

—Y los favoritos, añadió un soldado.

—Y las ramera, gritó una vieja de ochenta.

—Y los curas, murmuró el hugonote.

—Y los recaudadores de contribucio-

nes, exclamó el escualido católico.

Pasamos adelante; mi compañero parecía muy afectado.

— ¡Ha muerto, ha muerto! decía. Dios le tenga en descanso. Conquistó la Holanda, humilló á Génova, dictó la ley á España, mandó á Condé y á Turena, y... ¿Pero en qué ha venido á parar todo esto?... (Después volviéndose de repente hácia mí, añadió): Yo no os he hablado mal del rey, ¿no es esto?

— No mucho, le contesté.

— Me alegro; y el anciano miró con ceño á un grupo de muchachos que estaban maldiciendo del difunto.

— Me hubiera mordido la lengua antes que murmurar como ahora se murmura de él. ¡Cielos! cuando pienso en los aplausos que resonaban solamente al oír el nombre de ese rey, á quien se tenía por poco menos que un Dios, y ahora... ¿Qué

mirais? Tengo los ojos humedecidos con el llanto, es verdad; el veterano que hizo su primera campaña cuando el que ahora es polvo era el ídolo de Francia y el discípulo de Turena, no dejará de llorarle, si quiera sea el único que en todo el reino vierta llanto por su pérdida.

—¿Y vuestros tres hijos? ¿no os han costado lágrimas?

—No señor; les amaba cuando viejo, pero amaba á Luis cuando jóven.

—¿Y vuestro pais oprimido y saqueado? dije, ¿no pensais en él?

—No señor, no, no pienso en él, exclamó el veterano, á lo menos por hoy.

—Teneis razon, amigo mio, dije, enterremos en la tumba hasta los agravios públicos; pero no enterremos su recuerdo. ¡Ojalá que la alegría que leemos en todos los semblantes, causada por la muerte de un hombre antes idolatrado y creído

inmortal, pueda servir de lección á los futuros reyes!

Mi camarada guardó silencio hasta que salimos de la ciudad, y entonces dijo:

—¡Alegria! ¿Hablabais de alegria? Es verdad, somos franceses: olvidamos con facilidad los pequeños vicios y faltas de los que gobiernan; pero no les perdonamos jamás si cometen la mayor de las faltas, si consienten que quede una mancha sobre...

—¿Sobre qué? pregunté viendo que mi compañero no continuaba.

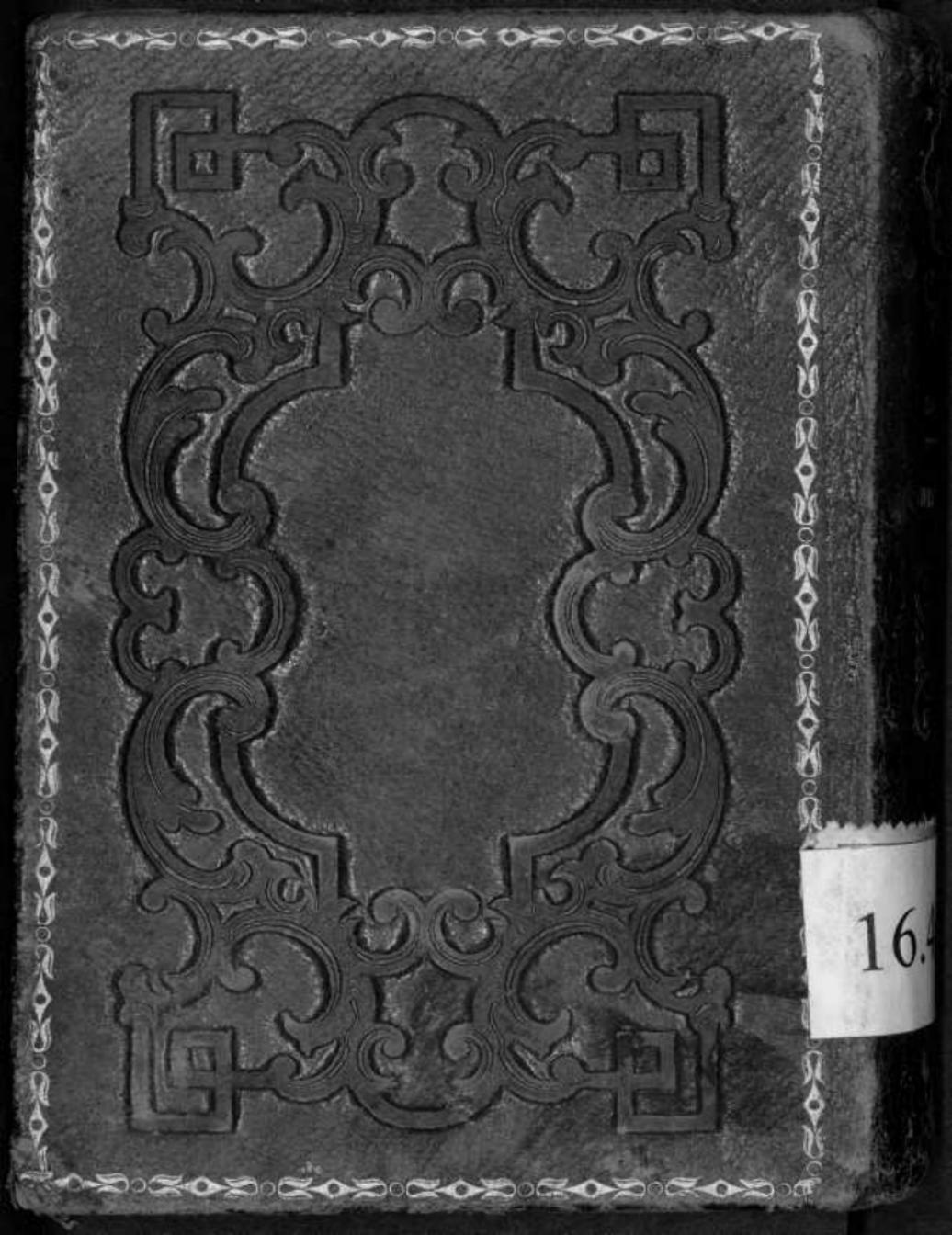
—Sobre la gloria nacional, respondió.

—Teneis razon, dije riéndome interiormente de aquella susceptibilidad en cuanto á la limpieza y nitidez de la gloria; y aunque hubiérais escrito muchos tomos en fólío sobre el carácter de vuestros paisanos, no podríais haberle pintado mejor.









16.



BRUNNEN

DEVEREU



4

6.40

